

UNA GRAN PELICULA
UNA GRAN NOVELA.

7



Gary
COOPER
Merle
OBERON



El
VAQUERO *y la*
Dama

2'50
PTAS

THE
COMPANY
OF
MILITARY



EL VAQUERO Y LA DAMA

NARRACIÓN NOVELADA
de la
PRODUCCIÓN CINEMATOGRAFICA

SAMUEL GOLDWYN

DISTRIBUIDA
por
LOS ARTISTAS ASOCIADOS, S. A.

INTERPRETADA
por
GARY COOPER y MERLE OBERON
Patsy Kelly, Walter Brennan,
Suzzy Knight, Mabel Tood, Henry Kolker,
Harry Davenport

DIRIGIDA
por
H. C. OTTER

UNA GRAN NOVELA
UNA GRAN PELICULA
UNA GRAN ESTRELLA
UNA GRAN PRODUCCION

EL VAQUERO Y LA DAMA

CAPITULO I

La huida de María Smith

La policía invadió el local e hizo una redada de todos los concurrentes al club nocturno, en el que, amén de bailar y beber, también solían jugar. La cosa fué tal vez demasiado rápida para que muchos de los interesados en permanecer en el anonimato tuvieran tiempo de ponerse a salvo. Pero hubo dos personas, y especialmente una, cuyo nombre, encontrado en la lista suministrada por los defensores de la Justicia, provocó grandes comentarios, haciendo suponer a las redacciones que habían hallado el reportaje escandaloso del año. Pero, cosa extraña por demás, esta persona no se contrarió de verse expuesta a la curiosidad pública. Y así empezó la historia.

—Y, ahora, caballeros, quisiera proponer un brindis. Durante estos banquetes hemos sido obsequiados por una anfitriona, cuyo encanto es sólo superado por su belleza. Y a buen seguro que nadie considerará prematuro que alce mi copa en honor de María Smith, la futura primera dama del país.

—Por tu éxito, María.

—¡Y por tu padre!

—Salud. ¡Buena suerte!, etc.

María Smith sonrió como solamente sabía ella hacerlo, hasta cuando no tenía ganas de hacerlo. Pero en aquella ocasión no le fué muy difícil. Las palabras eran halagadoras, la cena había resultado perfecta, su padre estaba entusiasmado, el champán burbujaba... Le hacía mucha, muchísima gracia, que ninguno de aquellos elegantes, decrépitos e interesados caballeros conociera su secreto...

Chester, el secretario del juez Smith, candidato a la presidencia de los Estados Unidos, millonario y padre, de un tesoro mucho mayor, de María, era un hombre que no había conocido la juventud y, por consiguiente, poseía una capacidad de admiración considerable. La admiración no le impedía horrorizarse cuando su pequeña y estrecha alma, de papel secundario en los grandes acontecimientos que se preparaban, tropezaba con algo indigno. Y eso, precisamente, era lo que había ocurrido.

—Buenas noches— saludó el criado, entregándole al mismo tiempo su sombrero—. ¿Quiere decir al señor Smith que su secretario desea verle

en seguida? ¡Es muy importante!... Le espero en su despacho.

Dirigióse al lugar mencionado y cambió una mirada con un anciano que, encaramado en la cumbre de una escalera de mano, bostaba en los estantes superiores de la librería. No tuvo que aguardar mucho. Sabía que el juez Smith acudiría inmediatamente, pues únicamente un gran acontecimiento induciría a su secretario a molestarle. La espléndida figura y el aquilino rostro de su jefe resumían curiosidad.

—Diga, Chester, ¿qué pasa?—preguntó entrando en el despacho.

—¿Podría hablarle a solas?—preguntó, refiriéndose al hombre encaramado en lo alto de la escalera portátil.

—Oh, es mi hermano!—explicó el juez comprendiendo su reparo—, el profesor Hannibal Smith.

Hannibal agitó la mano en un cordial saludo, mientras bajó unos peldaños. ¡Menuda sorpresa se iba a llevar si, como creía, el secretario anunciaba al puritano juez "algo"!

—Se le saluda—exclamó cordialmente—. No se preocupe; soy el paciente pobre.

Por lo tanto, Chester podía hablar, lo que hizo con sudores de sangre y continuas enmiendas.

—Señor Smith..., la policía hizo anoche una redada en cierto garito y los periódicos—agregó advirtiendo su gesto de incompreensión—tienen una lista de los concurrentes.

El juez Smith permaneció impasi-

ble. ¡Qué escrúpulos de Chester! Aquello no le afectaba en ningún sentido. El podía vanagloriarse de que nunca había frecuentado tales lugares. Su mirada animó a continuar a Chester.

—Es que... el... el nombre de su hija figura en la lista.

—¡De mi hija!—estalló el juez—. ¡Usted está loco! Mi hija no ha podido poner los pies en semejante...

—Sí; eso creía yo, pero aquí está la lista—y la mostró—, y los periódicos andan comprobando todos los nombres.

—Lo probable es que sea otra María Smith—dijo el juez leyéndola—. Llamaré a mi hija.

Hannibal creyó llegada la hora de su intervención. Con un cinismo, así lo tildó su hermano, abrumador, se situó entre ambos hombres y le puso una mano en el brazo.

—No te molestes, Horacio... Me temo que en realidad sea nuestra pequeña María. La acompañé.

Hannibal no se arredraba fácilmente, aunque el pecho de su hermano se hinchaba amenazadoramente bajo el traje de etiqueta. No era un hombre al que le importaran, por desgracia, las apariencias.

—¿Que la acompañaste?—Hannibal exhaló un gruñido—. Por favor, ¿quieres explicarte?

—Es muy sencillo... ¡Que me daba pena! No ha hablado con un hombre de menos de sesenta años desde que abandonó el colegio. Y ya era hora, a mi entender, de que supiera

cómo vive la juventud. ¡No es natural la vida que lleva esa chica, Horacio!

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Un escándalo así puede costarme la candidatura! ¡María en una timba y fichada!

—No, no jugamos... Bailamos. ¡Y no se divirtió que digamos! Chico, si llegas a venir, de golpe y porrazo te curas la taquicardia. ¡Ay, qué de años he perdido explicando economía política! Espero que no habrán omitido mi nombre de la lista de jaraneros. ¡Atiza! ¡Se olvidaron de mí, la flor y nata de los amigos de lo prohibido!

Chester ya no pudo contener su hilaridad; había recobrado su capacidad de admiración. Su jefe le envió una mirada saturada de hielos. Hannibal, como si todavía le durara la euforia de la noche anterior, explicó a su hermano la etimología de la palabra jaranero, mientras que trenzaba un complicado paso de baile, acompañándolo de una cancioncilla intermitente. Por si su oadía fuera poca, asió de un brazo a su hermano y le invitó a seguir su ejemplo. Bailando estaban aún los dos, cuando los invitados electorales de Horacio Smith encontraron a su candidato enzarzado en una lucha, con canción, en la que no llevaba la mejor parte. Al advertirlos, dejaron de bailar. Hannibal salió de la estancia tarareando la cancioncilla y apartándose sin mucha cortesía.

—¿Qué le pasa a ese hombre? ¿Se

ha vuelto loco? —preguntó un invitado. Pero, antes de aclarar la locura de Hannibal, el juez tomó la precaución de cerrar las puertas de su despacho. ¡Había ocurrido algo espantoso!

El resultado de la conferencia fue que María tuvo que quitarse su elegante vestido de noche y ponerse a hacer las maletas ayudada por el tío Hannibal, que la ayudaba, repetimos, pero a su manera. Le alcanzaba la ropa con un bastón y la metía de cualquier manera y donde le parecía. Pronto cesó de auxiliarla y empezó a reprocharla:

—Eres tonta, María, dejando que, sin más ni más, te alejen de la ciudad. —Se iba a encontrar muy solo sin ella.

—¿Qué quieres que haga, tío Hannibal? ¿Destrozarle el corazón? Quiero hacer creer a los periodistas que he pasado en Pal Beach una temporada —y como su tío insistiera—. Ha puesto el alma entera en esa candidatura. La verdad, a veces me da miedo.

—Sí, lo creo.

Tío Hannibal estaba preocupado. No sabía si María, con toda su belleza espléndida y su no menos espléndida vitalidad, tenía aspiraciones y conocía lo que esperaba de la vida. No deseaba que le aconteciera lo mismo que a él: a los sesenta y un años se había percatado de que había malgastado su vida estudiando.

—Anoche te divertiste de lo lindo, ¿no? —dijo al cabo de poco.

— ¡Maravilloso! Y el asalto, ¡estupendo!

— Pal Beach fuera de temporada va a ser muy aburrido — y como su sobrina le echara en cara su mal ocasión por recordárselo, agregó —: Si algún albañil joven, o alguien por el estilo, se cruza en tu camino, sigue mi consejo y ¡atrápalo! ¿Crees que sabrías hablarle a un joven albañil?

— ¡Cállate! — le ordenó riendo y arrojándole una prenda a la cabeza.

El juez Smith entró en aquel momento y advirtió la cordialidad de las relaciones de ambos. No pudo dejar de sentir cierta envidia y su voz sonó secamente al decir:

— María, el avión del señor Dillon ya está listo. En la casa de Pal Beach hallarás dos criadas que cuidarán de ti...; No puedo comprender qué idea te dió, María! Deseo convencerte de que, sin el apoyo de Henderson, el triunfo de mi candidatura es imposible... Ya sabes cómo reaccionaría ante semejante escándalo.

— Perdona, papá, pero no eres justo conmigo. No veo a nadie, no voy a ninguna parte. Esta es la primera vez; en dos años y acompañada de tío Hannibal! — le colocó la mano en el hombro —. Solíamos divertirnos tanto antes de meterla en política. ¿Te acuerdas de aquellos magníficos veranos en el campo?

— No seas absurda, María — protestó su padre, dejando la puerta libre —. ¡Es un gran honor que se me

hace! Nada esperaba yo de la vida, si esto se frustrara.

Salieron al pasillo y oyeron un gran ruido como de voces que disputaban e insistían. Los criados acudían a la puerta y el escándalo crecía. Chester subía como un cohete desde el vestíbulo. Tío Hannibal miraba entusiasmado hacia la planta baja, y María y su padre no sabían qué hacer.

— Señor Smith, los repórters están abajo.

La noticia fué aciente para el juez. Se volvió a María y la abrazó con frialdad. Gracias a la muchacha aumentaban sus preocupaciones. Tío Hannibal besó a la muchacha en la frente.

— Coja las maletas — ordenó a su secretario —. Vámonos, María.

— Mejor iremos por la puerta trasera — opinó Chester —. Tengo allí el coche.

— Adiós, tío Hannibal.

— Adiós.

Tío Hannibal vió cómo desaparecía con cierta tristeza. Se iba a quedar tan solo como la muchacha; en cierta manera, estando juntos, se complementaban y mataban su aburrimiento. La joven le miraba desde el vestíbulo. Entonces, tío Hannibal se inclinó sobre la balaustrada y gritó: — ¡No olvides lo del joven albañil!

Los repórters se sintieron defraudados al oír el zumbar en la calle el motor de un automóvil. La presa se les escapaba. Media hora más tarde, María cruzaba el espacio, enajado de

estrellas y nubes plateadas; en dirección de su destierro, suplicando que Dios prestara oídos a tío Hannibal y la hiciera encontrar al joven albañil recomendado, ~~así como~~ solamente fuera para combatir el terrible aburrimiento que la aguardaba.

Tío Hannibal, como el lector ya se habrá fijado, tenía un gran ascendiente sobre su sobrina y ésta no dudó seguir su consejo, base de la presente historia.

CAPITULO II

La señorita se aburre

La noche era espléndida y la casa, edificada junto a la playa, permitía disfrutar del cabrilleo de la luna sobre las olas. María no gozaba la belleza de la noche ni del gran silencio que la rodeaba. Sentada en la gran terraza de su casa, se dedicaba a hacer castillos de naipes, que destruía a continuación. Estaba aburrida, mortalmente aburrida, como ya había barruntado, dos días antes, al despedirse de tío Hannibal. Impaciente, agitada, se levantó de su sillón y se acercó al petril de piedra que daba a la playa. Poco rato duró su contemplación; volvió a tomar asiento y balanceó un pie.

Una de sus criadas se dirigió hacia la mesita en donde estaba servida la cena, que María no había probado. Quizás ella conociera algún medio para burlar el aburrimiento. Con esta esperanza se aproximó a ella.

—Elly, ¿no sabe usted jugar a las cartas?

La criada sabía jugar al tute y así lo expresó de mala gana. María estuvo en un tris de proponerle una partida, pero, percatándose de su expresión de cortesía forzada, tuvo que resignarse. Elly debía tener alguna cita.

—¿Algún compromiso?

—¡Oh, no es nada, señorita! Le puedo plantar. Es uno de esos muchachos del rodeo — pero, a pesar de su aseveración, se notaba que su ofrecimiento se le hacía muy cuesta arriba.

—Creo que no debe plantarlo — con uno que se aburriera había suficiente—. ¡Diviértase cuanto pueda!

Elly le agradeció el consejo, acabó de recoger los platos y se encaminó hacia la parte interior de la mansión. María se mordió los labios contrariada. El veto que el destino le había impuesto perduraba. Acordóse de tío Hannibal y de su recomendación.

"Un joven albañil"... ¿Por qué no un vaquero?

— ¡Elly! ¿Tiene algún amigo?

— Pues..., pues, sí, señorita. La pareja de Katie — María se alejó de ella. — Ya verá... se lo prometí a Katie. Es una cita al albur, una aventura.

— ¿No se conocen? ¡Eso es magnífico! — suspiró entusiasmada. Katie apareció y ayudó a Elly. — Katie, estoy procurando insinuar a Elly mi deseo de acompañarlas a esa cita.

— ¿Usted, señorita? — se sorprendió, abriendo los ojos. Pero su señorita hablaba, a todas luces, en serio. — No sé... no creo que le gustase eso, señorita María. No; no le gustaría a usted. Es que son vaqueros.

Y su señorita estaba habituada a tratar con jovencitos gomosos y perfumados. Además, su presencia en la reunión prometida resultaría un fracaso. Elly pensó lo mismo y auxilió a su compañera:

— Sí, y todos son muy particulares

— apuntó significativamente.

— ¿Raros? ¿Eh? — precisamente era lo que María necesitaba. Un hombre raro y difícil cuya seriedad hiciera poner en juego todos los recursos de su imaginación. Katie y Elly seguían sin comprender su empeño y estaban cada vez más apuradas.

— ¡Oh, no, no es eso! — respondió al instante Elly. — Pero estarían encogidos con una persona como usted... y con un hombre encogido... pues hay...

— ¿Encogido? — La terminología

de sus sirvientes era asombrosa. Todavía tenía mucho que aprender, lo que era un acicate más.

— Verá usted... — prosiguió Elly esforzándose en ponerse a la altura de María — hay que animarlos, pincharlos... Conviene ayudarles un poco.

Katie no era partidaria de tantos eufemismos. Al pan pan y al vino vino, por mal que le supiera a María. Puesto que estaba decidida a invadir su coto de caza, lo mejor era ser francas.

— Lo que ésta quiere decir es que, a lo mejor, la toman a usted por una "pava".

La expresión era ruda. María fué hasta la balastrada que daba al mar, mientras Katie y Elly la observaban temerosas. Por primera vez en su existencia tenía que enfrentarse con el criterio de las personas inferiores a ella por su posición. El término "pava" era lo bastante diáfano para que quedase avergonzada.

— Está bien, Katie — aprobó, girando sobre sus talones. — Puedo que tenga razón. Pero, ¿usted cree...?

Katie estaba arrepentida y dispuesta a hacer lo necesario para borrar el mal efecto de sus palabras. No la preocupaban en el aspecto de las relaciones de criada y señora, sino por haber herido la sensibilidad de una muchacha que, si era una "pava", no tenía la culpa. No obstante, lo mejor era que quedase María en la cava. Y de no haber insistido la joven, hubiera ocurrido así.

—¿Eh? — respondió a su pregunta, simulando no entender.

—Soy así... ¿le parezco una "pava"? —

—Pues, yo... — protestó sin querer mentir —. Verá usted...

—Vamos, Katie, contésteme — exclamó imperiosa María.

—Pues... yo, señorita, no creo que "pito".

—¿Y qué puedo hacer para "pit-tar"? —

—Caramba, yo no sé, señorita María... — tartamudeó apurado —, pero no es culpa suya. Pasta no le falta a usted; pero le han cortado tanto las alas, que...

—Sí... — intervino Elly — yo y Katie hablamos mucho de usted.

—Cierto. Y la verdad, compadeciéndola siempre, señorita María.

—Muchas gracias.

No sabía si la ofendía o si la entristecía la noticia de que era tema de conversación de su servidumbre; lo que sí la acongojaba era la idea de que, considerada bajo el punto de vista de mujer, de simple mujer, desnuda de todos sus títulos y riquezas, dos humildes muchachas, zafias y apenas sin ideas, sin sensibilidad, la compadecían, en lugar de envidiarla. Como el príncipe indio del cuento, se cercioraba repentinamente de que el mundo vivía y se movía sin necesidad de su persona y que era un simple átomo vital que no pesaba más en la balanza que cualquiera de aquellas dos muchachas. Y, por si fuera esto poco, la consideraban

inepta. Pocas cosas tenía que agradecer a su padre; le "había cortado tanto las alas" que, incluso, su categoría de persona humana se resintió de ello; ya no sabía divertirse si no la llevaban de la mano. Sus ojos se hincharon de lágrimas.

—Si de veras quiere venir, señorita — ofreció Elly más compasiva que Katie —, nosotras lo arreglaremos.

—¡Claro! — asintió su amiga —. Le abriremos los ojos un poquito y tal vez se defienda.

—Eso; le enseñaremos nuestro sistema.

María había borrado de su mente toda preocupación; únicamente anhelaba tener la posibilidad de demostrarle de lo que era capaz, aparte de una verdadera sed que la había acometido de ser humana. La noticia de que había un "sistema" para resolver tales cuestiones, triunfando en ellas, la alborozó:

—¿Tienen ustedes un sistema?

—¡Claro! — exclamó Elly, como si fuera la cosa más natural del mundo.

Katie, como siempre, quiso poner los puntos sobre las íes y pasó a relatarla en qué consistía. Ya estaban definitivamente salvadas las distancias que alejaban las tres mujeres.

—Bueno, es una especie de sistema. Depende de lo que una se tropiece. Por ejemplo... Si es un témpano y la mira fijamente, cuando a usted se le ha metido en la mollera

que le ha de conquistar o revienta... debe empezar por halagarle.

—Es la maniobra número uno — exclamó satisfecha Elly del ingenio de ambas y de la claridad de las explicaciones de Katie.

—Ya sé — anotó María —: maniobra número uno, melosa. No se me olvidará.

—¡Eso es! — Katie meneó la cabeza con entusiasmo —. Ahora, si eso le falla, obligúele hablar de sí mismo.

Elly comentó que tal era el secreto de la maniobra número dos. María estimó que Katie y Elly estaban más versadas en psicología masculina que muchos catedráticos y que la conquista de un vaquero reclamaba tantos requisitos como los exigidos a su padre para obtener la candidatura.

—Pero — opuso, hallando una falla al sistema — un hombre no puede hablar de sí mismo y besar al mismo tiempo.

—No, pero alguna vez se cansará de hablar, ¿no cree usted? — aceptó Katie, que parecía la intelectual del par de criadas.

—¡Supongo que sí! — se alarmó María, sonriendo.

—Explícale la número tres — ordenó Elly.

Katie tragó saliva y sacudió los hombros, de lo cual dedujo María que su enseñanza había llegado al punto culminante. Los ojos de Katie chispeaban de orgullo y dió dos pasos en dirección de la joven, posan-

do su mano junto a la de ella. El hielo estaba roto, gracias a Dios. Se divertirían las tres hasta la llegada del juez Smith.

—El número tres es el no va más. Claro que sólo se aplica en casos muy desesperados — tomó aliento y dijo con leutitud reveladora de que el orgullo del invento a ella correspondía —: Le cuenta una historia triste.

—Comprando, para inspirar lástima, ¿eh?

—Eso es una letra a la vista, señorita — palmoteó Elly.

—Cuéstele que ha llevado siempre una vida perra — prosiguió Katie acallándola con un ademán —, que ha sufrido muchísimo. Y, si suelta usted una lágrima o dos, ya es suya.

—¿Podrá usted hacer eso? — se interesó Elly. La inexperiencia de María la intranquilizaba. Era posible que fracasase y el descrédito del sistema caería sobre las inventoras.

—Lo intentaré.

Esta contestación fué bastante para que los escrúpulos desaparecieran. Katie demostraba una prisa tremenda por dirigirse a Palm Beach, en cuyas afueras se habían citado. María anhelaba, para ponerse a cubierto de posibles decepciones, conocer de lejos a la pareja que la destinaban. Sus sirvientas aceptaron la proposición.

Al dirigirse hacia el interior de la casa, María preguntó:

—¿Qué se van a poner?

—Un traje estampado — respondió Elly. Ella y Katie discurrieron so-

bre las excelencias de su indumentaria y concluyeron por aconsejar a María que fuera vestida sencillamente para no espantar la caza.

No tardaron mucho en estar en el corral que servía de local para celebrar el rodeo. María se olvidó de todo, de sus compañeras, de su propósito, de su aburrimiento y hasta de quién era, para transformarse en un espectador más que, enarbolando una bolsa llena de cacahuètes, unía sus gritos y vítores a los de la gente. El rodeo era estapendo. Y por muy feos y sucios que estuvieran los vaqueros, bien merecía su destreza y valentía cerrar los ojos ante tales defectos.

El momento culminante de la noche tuvo lugar cuando un vaquero alto, delgado y apuesto, con unas piernas terriblemente largas, derribó un toro, en un decir Jesús, a pura fuerza de brazos. Debía ser el idolo del rodeo, a jugar por las apuestas que se cruzaban en su favor. María tuvo que confesarse que empezaba a cambiar de opinión sobre los cow-boys y que la hubiera complacido mucho que uno de sus futuros compañeros se asemejara al domador de vacas. Terminó el rodeo y las tres muchachas se confundieron con el público. Esta vez no tuvo que quejarse de su suerte.

CAPITULO III

Estirón

"Estirón", una vez terminado el rodeo, entró en la tienda de campaña que les servía de morada a Azúcar, a But y a él. "Estirón", llamado así, acaso por la longitud de sus extremidades, acaso por la costumbre de moverse lentamente hasta parecer que se desparezaba, se quedó viendo visiones. Azúcar y But estaban vertiéndose un líquido sobre la cabeza que oía a la peluquería de su pueblo e incluso se frotaban con él los cabellos. Su agradable rostro se contrajo en una mueca de desprecio

que turbó a sus dos compañeros. Azúcar, cuyos enormes bigotes le hacían más viejo de lo que era en realidad, depositó la botella sobre una bala de beno y procedió a peinarse, mientras But se encargaba de dar explicaciones a "Estirón".

—Cloroformo para las chicas— comentó en su pintoresco lenguaje.

—¡Con esto no falla una!— se entusiasmó Azúcar—. Vamos, Estirón, ponte a punto de catamelo.

—He preferido siempre mi olor natural —aseguró sobriamente Esti-

rón —. Podéis iros; yo me quedo aquí.

Y, diciendo esto, se sentó sobre las mantas de su lecho. Azúcar y But protestaron. Siempre ocurría lo mismo. ¿A santo de qué su amigo era tan serio? Más serio que un funeral de tercera. Sólo se vive una vez y las chicas guapas, ya se sabe, son la debilidad de los vaqueros, a la vez que ellas se perecen por éstos.

—¿Que te quedas aquí? Creíamos que nos acompañarías.

—¡Claro! Te reservamos una dama.

Pero Estirón había sacado el papel y el lápiz y se disponía a escribir una carta. Sus colegas se sentaron frente a él y le miraron con alarma. Escribir una carta es signo de que uno no se encuentra bien.

—Tengo que escribir lo de Bea —explicó gravemente Estirón—. Va a soltar una potranca el próximo mes.

—¡Anda! ¡Todavía un mes! —gritó But—. Pero si hablamos de esta noche.

—Sí. Tres niñas y dos tíos no apañen. Vamos, anda, no te achiques.

—Está visto que las chicas te asustan.

—¡Es que me ensordecen! —dijo, levantando la cabeza del papel.

—Puede que tengas suerte y te toque una muda —apuntó But.

—Aun no nació esa maravilla —concluyó Estirón, entregándose definitivamente a la tarea de redactar la carta.

Azúcar y But le dieron la espalda. Estaban contrariados, menos, en realidad, de lo que aparentaban; ya sospecharon que acontecería algo por el estilo. El problema resultaba de la chica que sobraba. ¿Qué iban a hacer con ella? Insistieron, pero Estirón permaneció inmovible. Les hacía polvo la combinación, aseguró But como colofón.

—Supongo que no os pondrán a flomar...

No podían hacer otra cosa. Que darse allí sin hacer nada era muy aburrido. En algo se habían de entretener. Mugieron los dos a unísono, pues tal era la idea que tenían del llanto. Estirón dejó de escribir y vio que el bigote de Azúcar se movía convulsivamente. Se estaba riendo. Escribió dos palabras más y los berridos arreciaron. Era como estar conduciendo la vacada a los pastos de invierno. Las ideas se le escapaban...

—Con esos relinchos no hay manera de escribir —gruñó arrojando el papel contra el suelo—. ¡Vamos!

Sus amigos lanzaron dos alaridos de alegría y los tres se encaminaron hacia el bar, en donde los aguardaban las tres muchachas. A causa de la testarudez de Estirón llegaban con retraso, pero siempre es bueno hacerse esperar, sino las chicas se dan patín.

En el bar, atestado de vaqueros de mirada atrevida y atronado por una orquesta bastante desafinada, aguardaban María, Katie y Elly. La segunda consolaba la impaciencia de su

señore, diciéndole que un vaquero es igual a otro vaquero, conformidad no compartida por la joven que estaba molesta por las frases que algunos hombres le dirigían. Katie y Elly, por el contrario, estaban como peces en el agua. Dieron otra vuelta al local y frente a la puerta estaban cuando llegaron sus parejas. Elly y But se saludaron; Katie y María, en el ínterin, se fijaron en las piernas arqueadas de Azúcar y las dos optaron por el tercero, por Estirón, que tenía cara de pocos amigos. María reconoció en él al vaquero que la había maravillado y decidió que sería su pareja. Siempre hay que escoger lo mejor...

Pero se encontró sentada en una mesa, llevando unos platos de chile, en compañía de Azúcar. La afectuosidad y el enorme bigote de Azúcar la horrorizaban; envidiaba a Katie, pues ni con toda la mejor voluntad del mundo sería capaz de emplear los tres sistemas infalibles. Katie y Estirón llegaron en último término a la mesa.

—Aleja a las chicas de mí pienso mientras cuelgo los arcos— ordenó Estirón a Katie, sin que María comprendiera a qué se refería hasta que le vio colgar el sombrero en una silla cercana.

—¡Descuida!— aseguró Katie, mirándole con admiración—. Oye, supongo que serás más bajo sentado.

María no salía de su maravilla. Estirón le gustaba para matar el aburrimiento; parecía muy distinto de

sus compañeros. Se movía con naturalidad y elegancia y sus facciones aensadas tenían una belleza varonil, que pocas veces había visto en sus amistades. Su envidia aumentaba de proporción. Azúcar resoplaba mientras enfriaba su comida hasta hacerla sentir repugnancia. Se le había quitado el hambre. Estirón regresaba a la mesa con lento andar. No había duda de que no le importaba ninguna de las tres, como si estuviera a muchas millas de allí. Entonces, antes de que supiera en verdad a qué se debía su impulso, María se inclinó a través de la mesa y habló a Katie en voz baja:

—Katie... es guapo.

—¿Al mío se refiere?— se extrañó Katie, que los encontraba a todos iguales. Pero, no obstante, entendió la alusión—. ¡Pues, si lo quiere es suyo! Yo digo siempre que un vaquero es igual a otro vaquero.

María agradeció con una sonrisa su indiferencia y, antes de que Azúcar se percatara de lo que estaba acciando, las dos jóvenes se cambiaron de sitio. Katie le cogió el brazo para tranquilizarle, pues el vaquero protestó:

—¿Qué ocurre aquí?

—No, nada. Vamos, siéntate— le ordenó Katie—. Echale un remiendo al bache o te quedarás para el arrastre. Apuesto lo que quieras a que no pesas más de sesenta kilos.

—¡Mi tía la bixca!— sobresaltóse Azúcar—. Peso los sesenta clavos con hueso y todo.

Ya estaba salvado el escollo. Katie le continuó halagando y asegurándole que adivinaba el peso de un hombre con solo mirarle, lo cual encendió la incredulidad del vaquero; para apagarla, sin duda, condimentó con todas las especias que halló a mano su plato. A la criada le alarmó aquello y que el hombre lo pudiera engullir tan tranquilamente.

—¿Es que piensas encender fuego en el estómago? — y como respuesta Anícar se echó más pimienta. El era un hombre de pelo en pecho.

Estirón ni se sorprendió ni protestó del cambio, como es de suponer. Estaba cumpliendo una de las penosas obligaciones que impone la amistad. El hermoso rostro de María y sus chispeantes ojos le dejaban indiferente; sólo deseaba que la reunión se disolviera cuanto antes. Notólo la joven y se dijo que ya había llegado el momento de practicar los tres sistemas. Las tentativas iniciales tuvieron escaso éxito. El cow-boy era duro, casi estólido; las mieles ofrecidas resbalaban sobre él como el acero sobre la piedra, lo que estimulaba más a la joven. Pero todas sus respuestas eran monosílabos, engulliendo con evidente apetito los manjares puestos ante él.

—He visto montar bien en rodeos, concursos, carreras, saltos, pero como usted no había visto a nadie.

—¿No?

—¿Qué nerviosa me puse cuando tumbó el novillo!

—¿Sí?

—Asustada, di un grito. ¿No me oyó usted?

—No.

María había perdido no sólo la paciencia, incluso el interés. Se vió obligada a pensar que el vaquero no era una lumbrera y que tal vez no mereciera su atención. En cuanto a Estirón estaba algo molesto. Todo aquello corroboraba lo dicho en la tienda de campaña; las mujeres le ensordecían. No había una que pudiera callar un sólo momento; casi prefería a una fea mientras estuviera silenciosa. Si aquella muchacha, con lo linda que era, callara dos segundos y no le "cepillase" tanto... María dejó, en efecto, de hablar y se dedicó a mirar al local.

—No ha probado usted nada — dijo Estirón refiriéndose al plato humeante —. Pruébelo, ¿no le gusta?

—Sí, claro; mucho — se apresuró a responder aliviada. Había proferido por lo menos tres palabras seguidas. Era alentador; volvería a la carga —. Quema un poco.

—Sí, está caliente.

—Oh, ya hemos coincidido en algo!

—Sí — afirmó Estirón recayendo en su laconismo.

El asunto no era cuestión de aburrimiento; el amor propio de María tomaba cartas en él. Elly y Katie no parecían embarazadas; verdad era que Anícar y Bat no dejaban de mover la lengua, al mismo tiempo que las mandíbulas... Después vendrían

las burlas de sus criadas... y, contra más difícil fuera, mejor.

—Oiga... —dijo, sacándole de su abstracción—. ¿Podría tratarme familiarmente y decirme su nombre?

—Sí, sí —accedió—. Estirón.

—¿Qué? —exclamó María, segura de que aquel santo no figuraba en el santoral.

Estirón sonrió y su sonrisa era rara, sorprendente, maravillosa. Con ella mejoraba un cien por cien. María hubiera dado casi un brazo derecho para que siguiera sonriendo. Estirón "estiróse", es decir, alargó sus desmesurados brazos a ambos lados.

—Esto... que me estiro.

—Ya veo —comentó riendo—. Yo me llamo María Smith.

—Es muy lindo, María Smith —alabó dedicando su atención de nuevo a la comida. Pero María no le dejó continuar. Posó su mano sobre el brazo del vaquero, el cual se estremeció.

—¿Le gusta a usted?

—Claro, ¡sí es muy bonito!... —

María retiró la mano y levantó las pupilas hacia el ahumado techo. Los métodos prescritos son una tontería.

—¡Oh, me alegro de que le guste! —exclamó con ganas de abofetearla.

¿Acaso su belleza no significaba nada? —Y usted, ¿cómo se llama?

—Ya se lo dije, Estirón —declaró bruscamente, haciendo desaparecer toda la intimidad que María había vislumbrado por un momento.

La conversación, pensó María, era como una noria. ¡Vuelta a empezar! Y tornó a emprender el ataque sin sacarle de su ensueño. Una de dos: era auténtica la fábula del busto hermoso, pero vacío; o ella, no servía para hacerle despegar los labios, para hacerle reparar en ella. Por consiguiente, cuando decidieron abandonar el bar y encaminarse hacia su casa, estaba dispuesta a emplear el sistema número dos.

CAPITULO IV

Los dos sistemas restantes

Las tres parejas cruzaron la playa cantando y pronto estuvieron frente a la puerta trasera de la mansión de los Smith. Los vaqueros miraron con reparo la lujosa entrada de servicio y apuntaron que debían haberse

equivocado de lugar y que sería preferible, para mayor tranquilidad de su conciencia, entrar por la puerta trasera. Riéronse las muchachas y les explicaron la realidad, a lo que Arócar protestó, pues no hay derecho que

la fachada principal se colocó en la parte posterior.

Ciertamente era muy pintoresco el asombro de los muchachos, cuyas costumbres y aspiraciones estaban acomodadas a la ruda existencia del rancho. Pero llegó a lo grotesco en cuanto entraron en la cocina, amplia, cómoda, limpia, dotada de todos los adelantos modernos. Por primera vez en su vida, Katie experimentó lo que se podría titular "orgullo profesional", puesto que era la cocinera. Estirón no estaba menos maravillado que sus colegas y separándose de María, inspeccionó con mirada práctica la cocina.

—¡Atiza, bacalao! Esta gente debe pasarse el día comiendo.

Elly se apresuró a aclararle que se pasaban todo el día pensando en los regimientos y el vaquero se quedó pensativo; su sencillo cerebro no llegaba a aquilatar aquel derroche de cocinas de gas y otros utensilios automáticos.

—Pues, hay que ver lo bien que lo han montado para acabar muriéndose de hambre.

María le consideró gravemente. Estirón, a pesar de su curiosidad, tenía un criterio bien arraigado sobre determinadas cosas y, por lo visto, no aprobaba tantas cosas inútiles. Fue hasta el lavaplatos y se mojó completamente al manipularlo. La hilaridad de las muchachas no tenía descanso. Katie, Elly y sus respectivas parejas las dejaron solos, mientras María ayudaba a secarse a Estirón. Antes Elly levantó dos dedos y Ma-

ría comprendió. Tenía que practicar el sistema número dos. Estirón todavía era presa de su entusiasmo infantil.

—¡Cuerno! ¡Como no andes vivo por aquí a cada paso te juega una jugarreta el diablo! — percatóse de que estaban solos —. ¿Dónde están? ¿Se han ido? ¿Y usted qué hace en esta casa?

—¿Yo?... — vaciló María —. Yo soy doncella.

—¿Doncella? ¿Y su distrito?

—Arriba — dijo María señalando al techo —. ¿Le gustaría verlo?

—¡Claro!

Pasaron al "office" y se encontraron con que sus compañeros estaban probando unas copas de champán entre grandes exclamaciones de júbilo. María supo entonces, por la protesta de Estirón, cuál era el verdadero carácter de éste y a qué se debía su alejamiento de ella y de los demás.

—Oye, eso no te pertenece — amenazó señalando la botella de champán —. ¿Qué dirá tu ama?

Elly se asustó, pues casi se había olvidado de quién era María. Le envió una mirada temerosa, la cual desapareció ante la aquiescencia de la joven. No obstante, el apuro causado por su atrevimiento subsistía.

—Es que But dice que tiene frío y he creído que con...

—Elly me ha dicho que haces de su ama lo que quiere.

—¡Claro que sí! — afirmó María llevando una copa de champán y en-

pregándosela a Estirón — ¿Le apetece?

Estirón la deslizó con prevención; luego, ofreció una amplia sonrisa infantil a sus amigos.

—¿Qué es? ¿Champán? Lo probé un día. No está mal.

María obedeciendo las indicaciones de Elly, hizo salir a Estirón del cuarto y le condujo a visitar toda la casa. El vaquero no cabía en sí de espanto. Se le figuraba que de un momento a otro iba a brotar de entre los muebles el dueño de la casa para expulsarlo. María le tranquilizó y le guió hasta la sala que daba a la terraza y con la cual comunicaba su alcoba. Aquel iba a ser el teatro de la seducción y victoria sobre el muchacho. Este había llegado al colmo de su maravilla.

—¿Qué tío?... Es un palacio...

María le obligó a salir a la terraza; la luna y el brillo de las olas serían sus cómplices, pues difícilmente se hallaría un escenario más adecuado para sus propósitos. Estirón, sin soltar la copa que llevaba en la mano, se puso a su lado y aspiró con deleite el aire perfumado de la noche. María exhaló un suspiro que le hizo volver la cabeza y para aclarar la causa del mismo, preguntó:

—Mire... Es precioso, ¿no?

—Ya lo creo — otorgó tornando a caer en su mutismo.

María consideró que había llegado la hora de disparar sus baterías. Le azoraba el raro joven que tenía a

su lado y cuyo perfil se recortaba contra la luz de la luna.

—¿Ha tomado parte en otros rodeos?

—Nopi—fué la hierática contestación, de la cual indujo María que era la primera vez que veía el mundo, lo cual aclaraba muchas cosas, entre ellas, y principalmente, su timidez. Una joven moderna también se puede equivocar, pues Estirón era reservado y no tímido.

—¿Dónde vive usted? ¿Muy lejos de aquí?

—En Montana.

María se le aproximó hasta rozar su cuerpo. Estirón no se percató de ello de momento, pero pronto el sutil perfume que emanaba su piel llegó a su olfato. Volvióse rápidamente, sobresaltado, hacia ella y la copa de champán que aun conservaba intacta en su mano se derramó sobre el traje de la joven.

—¡Atixa! — se contrarió Estirón sin saber qué hacer —. Perdona.

—¡Oh, no es nada!

—¿Tiene usted algún otro vestido?

Por fin había salido de su apartamento. Se excitaba, con torpeza, pero se excusaba. Al escuchar su pregunta, a María se le ocurrió un plan diabólico... Simuló meditar para no alarmarle. Poco valdría ella, poco valor tendría su belleza, si a partir de unos minutos Estirón no estaba conquistado.

—Ya sé lo que voy a hacer — le explicó —. Sí; me pondré uno de mi señorita.



Estirón había sacado el papel y el lápiz y se disponía a escribir una carta pero las ideas se le escapaban...



—Oiga... dijo Maria Smith — ¿podría tratarme familiarmente y decirme su nombre?



— Pobre chica . . . — se lamentó Estirón rodeando su talle con un brazo.
 — ¡Es usted tan comprensivo! le respondió María.



— ¿Sabes Estirón? Tú y yo somos los polos opuestos, y, sin embargo, prefiero estar contigo a cualquier...

—¡Oh, no debe usted hacerlo...! Le armará un bulto.

—No hay cuidado; no está en la ciudad.

Entró seguida de Estirón en la sala y de allí pasó a su alcoba. El vaquero curioseó el tocador de la joven, aspirando los perfumes y ensuciándose la cara con los polvos al estudiar las borlas y las brochas. La puerta abierta le permitía conversar y esta vez, cosa extraña, fué Estirón el que rompió a hablar.

—¿En qué le ocupa a usted su señorita?

—La ayudo a vestirse.

La polvera que sostenían las manos de Estirón cayó sobre el tocador. Se puso en pie de un salto. ¡Qué gentes más estupendas hay por el mundo! Sentía ganas de reírse.

—¿Por qué? ¿Está impedida?

No.

Asió nuevamente la polvera y comprobó la suavidad de la brocha de los polvos en la piel de su rostro. El espejito que reflejó el espejo le hizo dar un respingo.

—¡Arrea! ¡Qué manera de...! — protestó limpiándose de un manotazo.

—¿Decía usted algo? — preguntó María, terminando de vestirse.

—Nada... — aseguró Estirón alejándose definitivamente del tocador —. ¿Qué edad tiene su ama?

—La misma que yo.

—¿Casada?

—No — dijo secamente María, pensando en lo disparatado de esta idea.

Estirón gruñó que una mujer no debe esperar mucho a casarse, aunque, como decía su pareja, no hubiera encontrado su tipo. Todo eso son tonterías de las que debe huir una mujer sensata. Una mujer debe fundar un hogar y tener hijos fuertes y sanos, sin preocuparse de si el hombre es guapo o feo mientras sea trabajador. Naturalmente, debía ser distinto el caso de una señorita que tenía tres habitaciones para ella sola...

El hilo de sus pensamientos se vio truncado por la salida de María. A pesar de la sobriedad de su corazón, tan importante viscera le dió un salto como si quisiera salirle por la boca. Jamás había contemplado algo semejante, tan frágil y encantador como el aspecto de María, envuelta en algo que intentaba ser un traje, pero que en realidad no lo era, a juzgar por los trozos que le faltaban. Su silencio la halagó y dió una vuelta ante él.

—¿Le gusta?

—¡Hum! ¡Ya lo creo! — y lanzó un silbido —. Un rato largo.

María le tomó de la mano y le llevó hasta un mueble que Estirón sospechó si sería un diván, aun cuando le faltaran brazos y espacio. María medio se tumbó en él; el vaquero la contemplaba entre espantado y abismo. La joven pensó en que era increíblemente alto.

—Siéntese — ordenó golpeando uno de los bordes del asiento —. Cuéntame su vida; hábleme de usted.

Pero Estirón estaba intranquilo; sentía una extraña molestia al soportar las miradas de María. Aunque él no estuviera muy ducho en aquellos arhaques e indumentarias, no se le escapaba que su interlocutora las llevaba con una soltura y hablaba con una seguridad que sólo se logra tras largos años de práctica.

—Bueno, no acabo de entender qué clase de chica es usted.

—De servicio y gracias.

Estirón tomó asiento a su lado y prosiguió taladrándola con sus penetrantes pupilas. María empezó a barruntar que Estirón sospechaba algo.

—¡Bah! Quizá sí, quizá no. Este ambiente de ricachos me parece que se le ha pegado a usted.

—¿A usted no se le pega nada, Estirón? — indagó María, volviendo la oración en pasiva.

—¿Sabe usted siempre lo que quiere? — Estirón afirmó enérgicamente con la cabeza. La conversación entraba por buen derrotero —. ¿Qué quiere?

El vaquero salió de su reserva y sus ojos destellaron de alegría, de esperanza y de seguridad a la par. No se percató del interés de María, que, seguramente, se le hubiera antojado natural de haberlo percibido.

—Pues... quiero unos terrenos míos, un rancho con unas miles de cabezas de ganado en un bonito valle, con un riachuelo lleno de truchas, que lo atraviese y una casita...

Tal debía de ser la parte peliaguda

de su sueño, puesto que se callaba súbitamente. María parangonó las aspiraciones de su padre y las del muchacho y se confesó que las suyas estaban acordes con la del último. Estirón, a pesar de que le estaba haciendo víctima de una burla, era un hombre merecedor del amor de una mujer y de todo cuanto ansiaba. No deseaba salir de su esfera... esto era lo admirable.

—¿Nada más que eso?

—Pues, si alguna vez se me pone a tiro... una mujer.

—¿Y unos chicos? — insistió, ya seducida por el cuadro descrito por él. A partir de aquel momento admiraría siempre a Estirón. Era difícil, pero mediaba el amor propio... era difícil continuar representando su papel y destrozar, tal vez, la vida de aquel muchacho tan sencillez y recto.

—¡La mar! — exclamó con entusiasmo. María se le aproximaba de nuevo y se puso en pie. Ya había hablado demasiado —. Será mejor que me largue a la estación a vigilar el embarque de un becerro.

—Vaya, Estirón... — aprobó defraudada imitándole —. Ganó el becerro.

La luna transformó a María en una estatua de plata. Hasta ella llegaba apagada la alegre canción que cantaba But, a los acordes de su ukelele. El mar sacudía incansable la arena de la playa. Y María se sintió desamparada sin saber por qué. No había razón para ello: únicamente

había fracasado su propósito de divertirse un poco. Oyó un roce a su lado. Era Estirón con el arrepentimiento pintado en el rostro; la estaba mirando y sus ojos la hicieron estremecerse.

—¿Qué? — preguntó María, recordándose —. Creo que usted no se marcha.

—¿Creo que no! — corroboró el joven, acercándose a su lado.

Un siseo advirtió a María que Elly estaba a la puerta de la terraza, ansiosa de cambiar impresiones. Pidió permiso para dejarle solo un momento y avanzó hacia ella. La cogió del brazo y ambas muchachas entraron en la sala. Elly cuchicheó una pregunta.

—Pésimamente. Su sistema no sirve.

Es preciso declarar que Elly no se ofendió por la repulsa. Como buena filósofa sabía el alcance de los sistemas y lo deleznable que son. Se pellizcó pensativa el labio mirando a María.

—¿Ha probado ya el número tres?

—María no se acordaba e hizo una pregunta —. La historia triste.

—Cierto — palmoteó su señora —. La vida perra.

—Eso es — dijo Elly, empujándola hacia la terraza.

Estirón estaba descortezando el tronco de uno de los sauces que se erguían en la terraza. Se comprendía que a duras penas mantenía su propósito de permanecer perdiendo el tiempo allí. María compuso el gesto,

dándole la expresión adecuada y se apoyó en el tronco junto a él, sin decir nada, como si estuviera tomando una decisión grave, durante unos minutos. Por fin, fingió decidirse:

—Le envidio, Estirón... — siguió al notar que el joven levantaba la cabeza sorprendido con acento triste —. Nada le preocupa, sino su trabajo... ni molestias ni responsabilidades. Quisiera que mi vida fuese así de sencilla.

—¿No lo es? No parece usted una muchacha que haya pasado malos tragos.

María lanzó un suspiro capaz de helar la sangre a la persona más optimista y meneó la cabeza en sentido negativo; luego se rió forzosamente.

—¿No le parece?... ¡Qué gracioso, realmente gracioso!...

—¡Oh, perdone!... Quería decir que...

—No tiene importancia, Estirón...

Les rodeó el silencio. María dejó que transcurrieran sabiamente algunos segundos, mientras fruncía las cejas como presa de sombríos recuerdos. Estirón estaba contristado y tenía un nudo en la garganta cuando reanudó la conversación. No le gustaba ni pisca ver a una mujer indefensa, retorciéndose en el dolor.

—Puede que si me contara algo de su vida...

—No, no quisiera aburrimiento con mis calamidades.

—Pues le convendría desahogarse — aseguró Estirón palmoteándola la

espalda — Y tal vez pueda ayudarla. ¿Lios de familia?

—Mi padre sobre todo.

—¿Su padre?

Entre hipo y sollozos que Estirón paternalmente trataba de evitar, mientras la cabeza de la joven iba a reposar en su hombro, María preguntó una inspirada historia. Su padre — la idea la regocijaba — era más borracho que "una esponja"; noche tras noche, por no decir toda la semana, regresaba a su casa trazando una caligrafía en la que predominaba la "s" a través de toda la ciudad. Estirón tenía encogido el corazón. Era inútil querer remediarlo; cuanto habían intentado, y lo habían intentado todo, había sido inútil. Caído en lo más abyecto, no ambicionaba ni deseaba nada; hacía doce años que no trabajaba. ¿Que quién le mantenía? El pudor filial de María no le permitía confesarlo. Estirón comprendió y el estrujón de su magro aumentó de fuerza. Para el colmo de los males había más hijos, muchos más hijos; tantos que por un momento María no pudo precisar su número... Eran cinco, cinco contando ella y ninguno podía trabajar porque todas eran chicas y María la mayor.

Estirón comprendió que su apreciación sobre María había cambiado de aspecto. Le parecía tener ante sí a una persona desconocida, que despertaba su compasión y sus caballerescos deseos de protegerla. María advirtió por el rabillo del ojo que su

ceño estaba fruncido y que poco faltaba para que consiguiera lo que se había propuesto. Se pegó más a su pecho y lanzó otro suspiro.

—¡Ay, a veces es muy duro! El año pasado, por ejemplo, Dotty y Enriqueta cogieron el sarampión los dos a la vez... No hubiera pasado tantas fatigas si hubiera tenido trabajo. Las cuentas del médico se amontonaron. En fin, a veces no sé cómo puedo defenderme.

—¡Qué horror!

Todas las barreras que Estirón había elevado en torno suyo para librarse de las inoportunas y molestas mujeres, fueron destruidas al compás de esta exclamación. De repente, descubrió que María era una chica hechicera, hermosa en verdad, digna, además, de todos los sacrificios de un hombre, puesto que ella se sabía sacrificar y aceptaba su tragedia lo más alegremente posible.

—¡Pobre chica!... — se lamentó rodeando su talle con un brazo.

—¡Es usted tan comprensivo! — y su faz fué a reposar sobre la mejilla del vaquero.

Cuando Elly, Katie y los dos amigos de Estirón salieron a la terraza dando por terminada su fiesta, los cuatro se sorprendieron ante el espectáculo que captaban sus pupilas. Estirón y María parecían formar una sola persona y ambos se apartaron ruborizados al oír sus pisadas, como chiquillos sorprendidos en una travesura. A Azúcar le entró una prisa súbita. Estirón había caído, por fin, en

las redes; únicamente él podía salvarle, puesto que Estirón era un muchacho tremendamente serio que se tomaba las cosas muy a pecho.

—Oye, Estirón: hay que cargar los caballos a primera hora de la mañana.

—Hasta las seis sobra tiempo—fué la sorprendente respuesta que obtuvo.

—No; hay que ir ahora... Toma el sombrero.

Cogió la prenda de mala gana y se repitieron las despedidas. Mientras los tres vaqueros se dispusieron a partir, lanzando agudos alaridos, contestados por las sirvientas, María tenía

una rara sensación en el corazón que la intranquilizaba. Era algo muy dulce y que la hacía extraordinariamente buena y feliz; algo así como un sueño delicioso del que a fuerza, a pesar de sus deseos en contra, estaba obligada a despertar. Apretó sus manos sobre su pecho y se acercó a la balaustrada para ver recortarse, una vez más, la larga sombra de Estirón sobre la rizada arena de la playa.

Luego, se percató de que estaba muy pensativa y de que era extraordinariamente feliz.

CAPITULO V

El sistema número cuatro

No es posible decir si Estirón durmió mucho el resto de aquella noche, pero sí fué innegable de que estaba distraído y que sufría un ataque de pereza. No sólo rebuía el trabajo para entregarse a sus pensamientos, sino que incluso se emboscaba en su tienda de campaña, en donde le encontró Axúcar que, acompañado de But, entraba a buscar su maleta. Estirón tenía en su mano la botella de colonia y la contemplaba meditativamente. Axúcar y But tragarón saliva. Estirón estaba enfermo.

—Oye, But — titubeó el joven, depositando la botella sobre una hala

de heno —. ¿Les gusta esto realmente?

—Las engreaca, pero no las atrapa — explicó el aludido. En ello consistía, precisamente, su virtud.

—Quiero decir para siempre—decidióse Estirón, leyendo por centésima vez la etiqueta.

But y Axúcar corrieron hacia él alarmados y Estirón disimuló mirándose en el espejo.

—De eso no entiendo ni una palabra — confesó But, soltero recalcitrante —. Pero, ¿a qué te refieres? Porque, para siempre, tienes que ponerle de rodillas y "chorrear" poesía.

Evidentemente Estirón deseaba recibir algunas lecciones de seducción masculina, puesto que, en lugar de rechazar tal tema de conversación, abrió los ojos muy interesado y con la gravedad de un piel roja insistió.

—¿Lo has hecho tú?

But se puso bastante encarnado como para asegurar que había tenido en alguna ocasión, muy remota, aquella debilidad, de la que estaba muy arrepentido. Pero ya que Estirón estaba en vena de confidencias, lo mejor era ponerle al corriente.

—Lo intenté un día, pero me cogió un calambre y tuve que dejarlo.

Estirón, en contra de su costumbre, no celebró la jocosa salida de But. Con la gravedad y decisión de quien lleva a cabo un acto desesperado y del que tal vez se arrepentirá algún día, asió la botella de colonia y derramó buena parte de su contenido sobre su cabeza, mientras ordenaba:

—Anda, mete mis cosas en la maleta y tráemela al bote. Te veremos allí.

—¿Dos? —gritó como protestando su amigo.

—¡Yo y la mujer! —replicó muy ufano Estirón saliendo de la tienda con una gran zancada. Entonces se fijó But en que se había vestido su indumentaria más elegante. Hasta el sombrero de castor que le había costado más de veinte dólares. ¡Aquello no auguraba nada bueno! Mas Estirón ya era crecido para saber lo que hacía. María aun conservaba restos de la emoción de la noche pasada.

Estaba desayunando en la terraza, después de haber nadado en la piscina situada junto a ella. Katie y Elly, entregadas a las labores domésticas, sacudían unas alfombras en la balaustrada, cuando de repente Katie exhaló un grito y se dirigió corriendo hacia María, que se había puesto en pie alarmada.

—¿Qué pasa?

El dedo de Katie tamborileo señalaba a la playa mientras su poseedora no podía enhebrar dos palabras seguidas, dominada por su emoción.

—¡Oh!... Allí viene, por la playa, su pareja... ¡Piernas Largas!

Sus criadas la miraban dispuestas a obedecer sus órdenes, incluso a luchar con Estirón para expulsarlo de la casa. María estaba sorprendida por la inesperada visita y casi contrariada. Imaginaba lo que iba a seguir a la presentación de Estirón y no deseaba, ni mucho menos, herirla, aun cuando posiblemente estuviera obligada a hacerlo. Pero no era de la raza de los que retroceden ante las consecuencias de sus actos.

—Váyanse ustedes. Le recibiré sola.

—¡Grandísimo zorro! —exclamó Katie obsecrándola—. ¡Y me dijo que se iban a Galveston!

Una vez sola, María se apartó del sillón y la mesita en que había estado desayunando y anduvo en torno de ellas, fingiendo entregarse al arreglo de la terraza, hasta que la cabeza de Estirón apareció sobre la baranda. María daba gracias al cielo por que el vaquero fuera hombre y no repa-

rara en la diferencia de los trajes: entre el que ella llevaba como dueña de la casa y el que había de lucir según su papel de doncella. Estirón se le acercó con una sonrisa de chiquillo amedrentado.

—¡Hola! —saludó, recibiendo igual contestación—. He creído que la encontraría trajinando en la cocina y allá iba.

—¿De veras — el joven estaba nervioso, era evidente. Ella no estaba dispuesta a ayudarlo. Siguió arreglando la mesita.

—Sí... — se fijó en las tazas y platos—. Ya ha vuelto su ama, ¿eh?

—Sí, esta madrugada — mintió María.

Hubo un silencio que Estirón maldijo. Se callaba precisamente cuando deseaba charlar por los codos y demostrar su seguridad. Pero, al fin y al cabo, era natural que así aconteciera. Lo que le llevaba a la casa no era cosa de cada día. Estiró sus brazos y dió unos pasos vacilantes.

—¡Je! Se está bien aquí. Oiga, ¿no le importará que nos sentemos?

—No — respondió María haciéndolo en su sillón—. Creí que saldrían ustedes para Galveston esta mañana.

—No... pero nos largamos esta misma tarde. Me revienta irme de aquí.

—¿De veras? — exclamó secamente María, oteando la tempestad.

—Verá usted... Anoche... yo estaba pensando — no iba bien por aquel camino. Alargó su mano para coger la de ella —: Mira... María, yo...

Su gesto fué detenido por una taza

que rodó al suelo. María agradeció el incidente a la Providencia. El muchacho dejó escapar una exclamación y renegó de su torpeza, apresurándose a recoger el utensilio. Se había puesto encarnado. Entonces notó la joven que se había perfumado.

—¡Oh, no es nada! ¿Ea suyo ese aroma tan bueno?

—¿Eh? ¡Oh...! — su confusión crecía—. Es la primera vez que me pongo una cosa así. ¿Le gusta? — preguntó con alarma. Después, sonrió y María tuvo que declararse que tenía una sonrisa maravillosa. Había recobrado fuerzas —: Cuando venía aquí, no hacía más que mirar hacia atrás creyendo que era otro el que iba perfumándolo todo. ¡Y era yo, por lo visto!... Lo que mamá Hawkins me decía — es la mujer que nos hace la comida en el rancho —; nos contaba la vez que Jim fué a pedir su mano. Se presentó muy peripuesto, con más olores que una barbería y cuando llegó a la verja de su casa, le seguían todos los perros de la ciudad... No creo que me haya seguido ninguno.

—No.

—Sin duda no me puso bastante — repentinamente su trivial acento sufrió una transformación y María vió llegar el momento que temía—. Mire, María... nos marchamos hoy y he pensado que... Usted habrá visitado alguna vez mi región, ¿no?

—No — le desalentó. La única suerte de salir del paso era siendo absolutamente franca, sin ceder a la voz de la compasión.

—Es magnífica. Una chica como usted se entusiasmaría. Y había pensado... siempre que a usted le parezca bien... que... que mamá Hawkins podría esperarla hasta que yo hubiera acabado mi casa y... la empecé a construir antes de venir... por si acaso. Y pensé que pasado algún tiempo... si quisiéramos... podríamos cambiar las cosas...

Su rostro no lo demostraba, pero María le comprendía perfectamente. Se percataba en aquel momento el daño que había producido al muchacho y el dolor que seguiría. Se maldijo cien, mil veces por indigna del ofrecimiento. Su deber para con su padre le obligaba a aquello...

—Eso... eso es estupendo, Estirón. El próximo verano pasaré allí las vacaciones precisamente. Ya iré a visitarle — los ojos de Estirón se helaron en el fondo de sus cuencas —. Sí; podremos pasar noches como la de ayer. Yo lo pasé estupendamente, y ¿usted? Hablando esta mañana con las muchachas les decía que, en la próxima aventurilla, tendremos suerte si damos con chicos tan simpáticos como ustedes.

Ya no podía decir más ni tenía fuerzas para ello. Estirón se había convertido en un hombre viejo y todas las arrugas que los años de lucha contra el viento y el sol habían grabado en su rostro se destacaron con rudeza. Sus labios se anularon hasta ser una línea resta, imperceptible.

—¿La próxima aventurilla? Creo que metí la pata.

—¿La pata? — repitió ingenuamente María, avergonzada en el fondo de su ser. Adivinaba que el muchacho se contenía para no hacer algo violento. Pero el castigo corporal no la asustaba, hubiera sido un buen pago.

—Sí... Anoche me pareció que jugaba usted limpio, como si realmente le importase yo algo.

—¡Pues claro que sí! En mi vida me había divertido tanto — exclamó atemorizando sus manos a los brazos de su sillón. Estirón se había levantado, pero no era su elevada estatura la que la dominaba, sino su amargura al decir:

—¿No fué más que eso? ¿Eh? ¡Bien!... Ya... ya sé que a los que domamos vacas nos suponen inhumanos y bárbaros; pero... ¡bah! Creo que lo tengo bien merecido... Mire yo no salgo mucho con chicas porque generalmente no me gustan como piensan. Vine con el rodeo porque pensé que, tal vez, encontraría una que no midiera las cosas por la cantidad de hombres que pueda besar en una semana... Claro que a usted, como si le hablara en chino...

La filípica había sido dicha en voz lenta y mesurada; sin embargo, bastaba ver sus ojos: su alma sangraba. Giró sus talones con un gesto despreciativo... Entonces, sólo entonces, María conoció que Estirón representaba en su vida la chispa de luz y de belleza que la hacía digna de vivirse, le quiso detener pero ya era tarde:

—Por favor, Estirón...

—Si no le importa, me largaré. Estoy como si necesitara un baño — insultó. El brillo del agua de la piscina le llamó la atención y engendró una idea en su cerebro —. Pero, pensándolo bien... creo que es a usted a quien más falta hace.

De una zancada estuvo a su lado, y asiendo por la cintura y bajo las piernas, la levantó como una pluma y la proyectó sobre la superficie del agua. El grito de María, hizo acudir a Katie y a Elly. El asombro les hizo echar raíces en el suelo: Estirón se alejaba erguido como una lanza y su señora chapoteaba en el agua, en dirección del borde, hecha una lástima. Las sirvientas se precipitaron en su auxilio, murcullando amenazas e imprecaciones sobre la cabeza del vaquero. Cuando la joven estuvo en tierra firme y llegó a la balaustrada,

Estirón pisaba la arena lamida por las olas, lejos del alcance de su voz.

—¿Me gustaría darle dos tortazos! — gritó Elly crispando los puños.

—He dicho siempre — sentenció Katie — que "llover" vaqueros era un peligro porque...

Tanto Elly como la que hablaba, observando la expresión de María, enmudecieron y regresaron a la casa. Por el camino Elly concluyó la frase comenzada por su compañera:

—¿Porque la enganchan a una!

—Creo que nos vamos a armar un taca — protestó la cocinera, pasándose la mano por la frente —. Esa es la maniobra número cuatro.

María miraba el mar desierto como su alma en aquel momento. Es decir no desierto, agitado por el continuo vaivén de una fuerza oculta, incesante.

CAPITULO VI

Camino de Galveston

En el embarcadero, con todo ya a punto de zarpar y mientras la sirena de a bordo hacía resonar los ámbitos, la ausencia de Estirón ya había sido comentada hasta la saciedad por sus amigos y el jefe del rodeo, cuando el objeto de sus pensamientos dobló una esquina del muelle. Lanzaron una exclamación de alivio, no sólo por verle llegar, pero también al verle re-

gresar en la soledad más absoluta, aunque su rostro indicase que estaba capeando un temporal desencadenado en su interior.

—Ya era hora... — exclamó But incorporándose y procurando acomodarse a su paso a sus zancadas —. ¿Qué te ha pasado?

Estirón esquivó sus preguntas, zafándose de su compañía de una ma-

nera que hacía desear más seguridad en lo futuro. Se dirigió a la consigna y estuvo hablando unos instantes con el encargado de la oficina, del que recibió antes de apartarse de él unas facturas y cartas. Su pie pisaba la pasarela que llevaba a cubierta, pero una mano detuvo su ascensión. Era María y es inútil comentar qué era lo que la guaba a tal lugar.

—Estirón, vengo a despedirle.

—Nadie se lo ha pedido — afirmó secamente y hurtando la mirada.

—Escuche, Estirón... — insistió la joven — quisiera explicarle...

—No me explique usted nada. Celibro haberla conocido.

Sin hacer caso de sus súplicas para que se detuviera y escuchara sus razones, en cuatro zancadas estuvo a bordo. María no se dejaba vencer con tanta facilidad y sin considerar lo que hacía, sin prestar oídos a las órdenes que el capitán daba de retirar la pasarela y el silbato que mandaba zarpas, corrió tras él, alcanzándole junto a la barandilla. Estirón lanzó un bufido de desprecio y avanzó hacia su cabina, pero María le cerró el paso y no contenta con ella lo asió de la manga del chaleco:

—Por favor, Estirón. Si usted quisiera escucharme, comprendería...

—¿Me permite usted que entre en mi cuarto?

No, no lo permitía. Estirón se alejó de ella, mas la joven calcó su marcha a la de él, siguiéndole por todo el barco como si fuera su sombra, y sin dejar de charlar:

—Hay algo que necesito poner en claro. Por favor, Pasos largos, escúcheme unos minutos y no le molestaré más. ¡Qué becerro más terco! Pues quiera que no me escuchará usted. ¡Aunque tenga los pasos por el resto de mi vida! — Estirón se paró de repente y María, tropezando con él, se cayó al suelo — Mucho movimiento, ¿eh?

—¿Pasa algo? — preguntó uno de los hombres que formaban un grupo en una esquina de la borda, sorprendidos de la tenacidad de María.

—Voy siguiéndole los pasos.

—¡Ja, ja! — se burló Estirón desapareciendo —. ¡Pues tome un taxi!

No obstante, el enfado de Estirón se había disipado en parte al alcanzarle María y al encontrarle sentado sobre un rollo de cuerdas. El caso era que la muchacha estaba allí; le había seguido, lo que le indicaba que no le era indiferente. Y para que acabase de felicitarse por su agudeza, María se sentaba a su lado. Estirón y la joven rieron a unsono. La molestia había desaparecido. Estirón lió un cigarrillo con gran habilidad.

—No debería hacer este viaje — aseguró, cuando se calmó su hilaridad.

Palm Beach sólo era una tenue línea en el horizonte, sin embargo, María no lo lamentaba. Su padre todavía tardaría algunos días en dirigirse a su mansión veraniega y nadie se enteraría de la aventura, que prometía ser deliciosa.

—¿Es muy largo?

—Unas sesenta y ocho horas — le respondió encendiendo el cigarrillo.

—Supongo que tardaré todo ese tiempo en hacer las paces con usted.

Estirón no la oía. Hasta entonces no había reparado en las funestas consecuencias que su precipitada conducta creaba posiblemente a María.

—Oiga... Y su empleo, ¿qué pasa? ¿Lo perderá usted?

—No; no hay cuidado — Estirón tenía que saber cuál era su verdadera personalidad... Solamente eso la interesaba — Escuche, Estirón; de eso precisamente quería hablarle... de mi empleo de doncella.

Pero la cólera del vaquero no se había evaporado lo suficiente para que no buscara una víctima propiciatoria. La señora de María era un buen blanco. Y, al aturcarse y zaherirla, haciéndole de rechazo con María, apartaba de ellos una posibilidad de confesión que más tarde les sería muy necesaria:

—¡Pobre señora! Tendrá que vestirse ella sola por un par de días. Seguramente se armará cada lío...

—No hable usted de ese modo. No es tan tonta. Tal vez le gustase a usted.

—¡Um, hum! Estuve en un rancho de aristócratas y tropecé con muchas así. ¡Caballos de exposición! Maldito si sirven para algo más que para vestirse. Prefiero mil veces al caballo de tiro, como Bose, esa yegüilla mía. Usted es como mi yegua... — aclaró el concepto — me refiero... a la forma en que cuida usted a su pa-

dre y de las niñas... Tiene usted que llevar esa carga y la lleva a gusto. Una mujer como su ama... no está preparada para llevar la parte de carga que le corresponda.

¿Qué decir después de aquello? María estaba halagada y confundida a la vez. ¡Ella un honrado caballo de carga! A tío Hannibal le haría mucha gracia cuando lo supiera. Pero Estirón llevaba la razón, aunque lo expresara a su modo, no muy grato tal vez, pero exacta. Su carga era terrible; un padre egoísta, sordo a lo que no fuera su ambición, y su propio corazón que zozobraba al primer embate realmente serio que el destino le propinaba. Se quedó meditando. Sabía que Estirón la observa a hurtadillas. ¿Sería el joven su oportunidad de metamorfosearse en alguien con sentido común y clara percepción de las cosas? No lo podía asegurar; solamente estaba segura de que a su vera se encontraba como cobijada y alentada por una fuerza superior.

—Es la primera vez que oigo comparar los caballos con las personas —

—Los buenos caballos son gente agradable — sentenció su interlocutor.

—Es verdad — corroboró el piloto, sacando la cabeza por la ventanilla. Había oído toda la conversación y estaba de acuerdo con el vaquero—. Los buenos caballos son gente respetuosa.

Poco más tarde, en la casa de los Smith en Palm Beach, Katie lanzaba un alarido espantoso, que puso a Eily los pelos de punta, y entraba

como una exhalación en la cocina, blandiendo un papel. Jadeó durante unos segundos agitando el papel ante los ojos de su compañera.

—¿Quieres saber dónde está la señorita María? ¿Camino de Galveston?

—¿De Galveston?

—Envía este cable desde el barco; dice que no quiere que nadie sepa en donde está y que regresará pronto a casa.

La aquilina faz del juez Smith se recortó en la alarmada conciencia de las dos muchachas.

—¡Mi abuela! —suspiró Elly— ¡Esto es horrible! No debíamos llevarla nunca de parranda.

—¡Nunca! —suspiró Katie, estrujando el cablegrama. Para saber divertirse se precisa, asimismo, otra sabiduría: la de saber nadar y guardar la ropa, arte que su señorita desconocía.

El timbre del teléfono sonaba en el vestíbulo y allá fueron volando las dos. Katie, que se había apoderado del auricular, se puso pálida al oír la voz de la telefonista y a Elly le ocurrió otro tanto, pues motivos habría para que su amiga, que era la fresca en persona, lo hiciera.

Primero habló Chester, al que tío Hannibal suplicó que preguntara como iba lo "del joven albañil", pero después, al saber que María no estaba en casa, requirió el aparato el mismísimo juez Smith, para dar más autoridad a sus órdenes.

—Aquí el Juez Smith. No importa. Díguele en cuanto vuelva a casa

esta noche que saldremos mañana o pasado sin falta y que nos reuniremos todos en Palm Beach.

—¿Vienen aquí, señor? —gimió Katie, que encarándose con Elly, suspiró—: Oye se nos plantan aquí todos.

—¡Válgame el cielo!

—¿Eh? —exclamó Katie al oír una exclamación indignada del juez— Sí, señor, le aseguro.

—Dígale que Henderson nos acompañará también. Se pondrá muy contenta cuando lo sepa—Katie lo dudaba, pero no lo dijo; sino que respondió con voz meliflua:

—¡Ah, sí, señor!; Ya lo creo!; Se pondrá contentísima! Sí, señor. Sí, no se me olvidará. Adios, señor—colgó el aparato—. Bueno, no sé lo que tú querrás hacer, pero yo voy a buscarme otro empleo por si las moscas.

—Yo también.

María y Estirón se paseaban por la cubierta. Estaba ya mediada la noche y al día siguiente llegarían a Galveston, con lo que toda la aventura terminaría. Una gran niebla envolvía al barco que, de vez en cuando lanzaba un pitido para avisar al resto de los navegantes su presencia. Ambos jóvenes, hechas las paces, esperaban con temor a que la costa se dibujase en el horizonte. Entonces, se separarían y los dos tenían muchas cosas que decirse, lo que les producía una especie de tristeza, que aumentaba la melancolía que la niebla imponía a sus almas. Pasó mucho rato antes de

que abriesen la boca para hablar. El capitán, apoyado en la borda y vigilando el dificultoso viaje, les saludó alegremente:

—Lástima que no podamos facilitarles la luna — comentó riéndose.

—Con niebla va bien — aseguró Estirón, por decir algo.

—Tal vez mejor — bromeó el capitán, perdiéndose en la niebla, en la cual resonó su risa extrañamente amortiguada.

Pasaron algunos minutos más, prefiriendo de frases no pronunciadas. María al llegar a la altura de su camarote, se detuvo y con un súbito impulso se volvió hacia su compañero que la contemplaba con fijez.

—Estirón.

—¿Qué? — contestó rápidamente el joven.

Pero María no osaba decir lo que anhelaba. No podía ser, de ninguna manera, la primera en hacer el avance.

—¡Hasta mañana! — le alargó la mano que el joven retuvo.

—Buenas noches.

—Siento ese "buenas noches". Es el último.

—Podemos dar otra vuelta por la cubierta — propuso Estirón. Tal vez de aquella manera encontrara la energía suficiente...

—¡No podemos pasarnos la vida así! — protestó María y Estirón tuvo que contentarse con verla entrar en su camarote. Poco después penetraba en el suyo.

Pero el desasosiego de María creció

al hallarse sola. Era algo semejante a una pesadilla. Las convenciones sociales la prohibían alentar al muchacho, cuya reserva era natural, después de la burla de que había sido víctima el día anterior. Las cuatro paredes del camarote la asfixiaban y pronto estuvo de nuevo en cubierta. Su aparición en ella coincidió con la salida de Estirón, que se debatía en parecidos problemas.

—No podía dormir — explicaron los dos al mismo tiempo, pero no se rieron. Reanudaron su paseo hasta detenerse en la parte de la borda que estaba frente a la cabina del vaquero. Se acodaron en ella.

—Al parecer nos hemos contagiado el insomnio. ¿Qué hora es?

—Cerca de las tres — anunció Estirón. Luego señaló a una mancha luminosa que cruzaba ante ellas —. Es un bote pesquero. Nos estamos acercando a Galveston.

—Quisiera que Galveston se alejara.

Estirón opinaba lo mismo, pero creyó que era inútil hacerlo notar. Su torpeza había ido en aumento durante la noche y en aquel momento tenía la lengua como el papel secante, torpe, encadenada por el impulso de su alma y el ardor de hacerla saber que la amaba sobre todas las cosas.

—La marcha es muy lenta debido a la niebla.

—¡Amo la niebla! Nos aisla del resto del mundo.

El frío y la humedad aumentaba.

Maria se estremeció, incapaz de combatirle con el fino traje primaveral con que abandonara Palm Beach. Estirón notó el temblor de su cuerpo, por la mano que tenía apoyada en la barandilla:

—Estás temblando. Convendría que bebieras algo...

Abrió la puerta de su camarote, encendió las llaves y la hizo pasar. El camarote de Estirón era una réplica del de ella. En otras circunstancias María no hubiera hecho o no hubiera accedido a hacer lo que tan natural se le antojaba en aquel momento. Se sentó en la litera y contempló cómo Estirón manipulaba una botella para abrirla y cómo, después, llenaba un vaso. Bebió y la bebida era fuerte y desagradable, pero esparcía por sus venas un calor consolador.

—Te pondré mi chaqueta y entrarás en reacción —dijo el vaquero, poniendo su americana sobre los hombros—. ¿Estás mejor?

—Sabe a diablos, pero sienta estupendamente —al fin decidióse—. ¿Sabes, Estirón? Tú y yo somos los polos opuestos. Y si me conocieras bien no sería grata tu impresión. Y, sin embargo, prefiero estar contigo a cualquier... a todo. Es raro, ¿verdad?

La cabeza de Estirón, a pesar de estar de pie, llegaba a la altura de la suya y pudo advertir cómo la aproximaba a su rostro. El corazón de María aumentó el número de sus latidos. Los ojos de Estirón chispeaban.

—Dilo otra vez —susurró apremiante.

—¡Oh, tendría que volver a beber! No sabría repetirlo — Estirón tomó al pie de la letra su frase y avanzó hacia la botella: —No, no; agua — el joven la obedecía...

Ya no podía estar quieta. Saltó de la litera y tomó el vaso que la alargaba, apenas sin percatarse de que lo hacía. Los dos estaban como hipnotizados por sus respectivas miradas; el tiempo transcurría tan lento, o tan rápido, que parecía insensible. Había nacido el encanto ligándose con su seguridad, entonces impercedera. María se sentía tremendamente valerosa:

—Ahora ya no recuerdo lo que dije. Pero sí sé que... te amo, Estirón. Te quiero con toda mi alma.

El vaquero la tomó entre sus brazos y la estrechó contra sí hasta que la mucha jadeó.

—¿Estás segura?

—Sí.

—No te habrás hecho un lío, ¿eh? — María tuvo que sonreírse, por no reír, ante la simple forma con que aceptaba su declaración. Meneó negativamente la cabeza:

—No; esta es la única cosa en que no me armo líos.

Estirón la besó brevemente y luego se apartó de ella como asustado, abriendo la puerta. Entraron en el camarote algunos giros de niebla, que ninguno de los dos vieron. Era demasiado hermoso lo que les ocurría.

—Pues avisaremos al capitán.

—¿Por qué?

—Porque en la tierra de mis mayores, cuando un hombre siente por una chica lo que yo siento por ti, se unen en matrimonio — le cogió la mano —. Vámonos.

La escena fué tan sencilla como un sueño. Los dos testigos, el capitán y Estirón tenían solemnes los rostros. Las palabras del primero de a bordo resonaban majestuosas en el angosto cuartito que olía a brea, a tabaco y a muchas cosas más. María tenía los ojos muy abiertos. No tenía memoria de quien era, fija como estaba en todos los incidentes de la sencilla ceremonia.

—Estirón Willoughby, ¿toma a esta mujer por su legítima esposa?

—¡Sí!

—María Smith, ¿toma usted a este hombre por su legítimo esposo?

—Sí.

—Entonces os declaro marido y mujer — concluyó el capitán estrechándoles las manos a continuación y saliendo seguido de los testigos, pues la niebla parecía tender a disiparse y no quería exponerse a un accidente, aún cuando fuera en pro de un matrimonio.

María se había acostumbrado tan rápidamente a su nueva vida, o, mejor dicho, aceptaba con tanta gratitud y alegría las incidencias de su nueva vida, que todo aquello, la ceremonia sencilla, a primeras horas de la mañana, los rostros tensos y páli-

dos de los hombres, las sobrias palabras del capitán y que ésto le dejara solos sin pedir permiso con una frase cortés, se le antojaba natural y lógico. Cogió del brazo de Estirón y salieron del camarote.

El alba se dibujaba confundidamente a través de los velos impuestos por la niebla, esparciendo una claridad melancólica, poco a propósito, pensó María, para augurarle mucha dicha en lo futuro. Desechó sus aprensiones. Se había levantado un fresco vientecillo y se abrigó con la chaqueta de Estirón que aún conservaba sobre sus hombros. La niebla, al impulso de la brisa, se fué desgajando, haciéndose girones, permitiendo de vez en cuando ver un trozo de cielo azul pálido. La vida de abordo renacía y algunas sombras pasaban junto a ellos.

—Yo, Estirón — murmuró inesperadamente, con firmeza, como si cumpliera un rito querido —, te tomo a ti, María, por mi legítima esposa para ser tu sostén y apoyo de hoy en adelante y para bien o para mal, tanto rica como pobre, enferma o sana, amarte y cuidarte hasta que la muerte nos separe... El capitán olvidó decir todo esto.

María no halló mejor réplica que apoyar su cabeza en el firme hombro de Estirón, sin preocuparse de si los pasajeros y marineros que deambulaban ya bastante numerosos por cubierta se sorprendían de tal gesto. La idea de que era su esposa, de que la había conquistado en tan cor-

to espacio de tiempo, no la ofendía, sino que la hacía extraordinariamente dichosa. ¡Qué cambio había sufrido su vida y hasta su propio carácter, por lo menos su íntima concepción de las cosas! Pensaba sin estremecimiento en lo que diría su padre, es más, en lo que le acontecería a su padre en cuanto la noticia de su matrimonio se extendiera. No obstante, como decimos, pensaba en ello serenamente: había defendido y recaba-

do un derecho suyo, íntimamente suyo, y no se arrepentía.

—Atracamos dentro de media hora — aulló un marinero junto a la pareja.

La niebla había desaparecido casi por completo y el mar estaba de un gris plomizo. La sensación de que tenía que hacer una enorme cantidad de cosas la sobrecogió. Asíó la ancha y vigorosa mano de Estirón y la apretó.

CAPÍTULO VII

¡Hasta el martes!

But y Azúcar montaron la tienda de campaña que había dejado de ser soya, pasando a la exclusiva propiedad y disfrute de María y de Estirón, en las afueras de Galveston. A ninguno de los dos les parecía muy agradable tener que abandonar la compañía de su colega y dejarle abandonado en manos de una mujer, de las cuales, a pesar de su casi excesiva debilidad por ellas, no tenían muy buen concepto. Además, María era demasiado incomprensible para ellos para que la aceptasen de buenas a primeras.

—Oye, ¿supongo que no se habrá casado con él por su dinero? — exclamó Azúcar, con sospecha.

—¿Qué dinero? — se sorprendió But, menos suspicaz que su compañero.

—Pues, su sueldo, ¿comprendes?

—Sí; no se me había ocurrido.

No obstante, el sentimiento caballeresco del hombre sano y habituado a las dificultades de una ruda labor se impuso y así recibieron con cortesía, casi con cariño, a Estirón y a María cuando ambos llegaron a la tienda. María era algo anómala con su elegante traje y su sombrero en el interior de la tienda.

—¿Qué tal? — preguntó Azúcar descubriéndose y dando vueltas al sombrero entre sus dedos.

—¡Hola! — saludó María quedándose a la expectativa.

—No había tenido ocasión de felicitarla, señora Willoughby. — Su cordialidad le llenó de luz el alma. ¡Qué distintos eran de las personas de su clase! Con una palabra franca



— ¡Qué de años van a pasar de aquí al mar!... dijo Estilón.
— Adiós, — exclamó Mario emocionado.



— Voy a tener el privilegio de acompañar a mi predilecta — anunció Henderson.
— Si se refiere a mí me halaga en exceso — contestó María.



—¿Esta usted casado?

—Sí, dijo Estirón — Estoy casado con una camarera, que mantiene a su padre y a cuatro hermanitas.



Tio Hannibal, vestido de vaquero, salió disparado de la cocina perseguido por mamá Hawkins e hizo un guiño a Estirón exclamando: —¡Hola vaquero!

y sencilla alcanzaban las profundidades de su espíritu.

—¡Gracias!

—Lo mismo digo — aseguró But con su lento hablar característico.

Luego se callaron y permanecieron sin saber qué hacer hasta que But pensó que algo muy apremiante reclamaba su atención en los corrales y Arúcar participó en su prisa. Estirón y María estuvieron, pues, absolutamente solos, y el primero notó que su esposa inspeccionaba la tienda con curiosidad.

—No es gran cosa, ¿verdad?

—Es muy linda, Estirón.

—Será por poco tiempo. Nos marcharemos al rancho en cuanto pueda dejar el rodeo.

María se quitó el sombrero, mientras Estirón depositaba las maletas en cualquier sitio. Allí hacía falta la mano de una mujer, no cabía duda. Pasó un hombre frente a la tienda y arañó la lona de la misma para anunciar su presencia. El jefe del rodeo deseaba entrevistarse con Estirón.

—Ya voy — contestó, tomando entre sus brazos a María —. No te importa quedarte sola, ¿verdad?

—¡Oh, no! Estaré muy ocupada limpiando esto.

Estirón la besó y salió corriendo. La calle formada por las construcciones y tiendas del rodeo estaba recorrida incesantemente por personas atareadas y su actividad se comunicó a María. En el campamento no tenían cabida los desocupados.

Cogió una escoba y barrió lo mejor

que supo y pudo el suelo de arena del recinto, sin cesar de cantar. Se asustó al oír que unos hombres aseguraban que los toros con que tenía que luchar Estirón eran muy difíciles de manejar; tal vez por esto le habían llamado. La horrorizaba que la habilidad de Estirón consistiera precisamente enfrentarse con aquellas terribles bestias, pero la confianza en su habilidad y fuerza pronto acalló sus temores. La vida del campamento se había mezclado a su sangre.

Habiendo terminado de barrer, luchó por poner en pie las camas de campaña. Le faltaba una y ya estaba sudorosa, doliéndole el cuerpo, sin percatarse de que estaba despeinada y sucia. Un extremo de la falda quedó preso bajo la pata de la pesada cama y se rasgó al incorporarse María. Contempló el boquete que el percalzo había abierto en su vestido; luego se mordió los labios contrariada, para terminar encogiéndose de hombros. Sería al pensar en la cara que hubiera puesto Katie y Elly de tener la posibilidad de verla.

Pero lo peor de todo fué su lucha con un papel atrapamoscas. Cuando concluyó de arreglar las camas, tropezó con un atrapamoscas y su cara se frunció en una mueca de repugnancia. En su vida había visto una cosa más horrible. Lo cogió para arrojarlo fuera con el resultado de que se le pegase a las manos y de ésta a la otra cuando intentó quitárselo con la izquierda. Se acordó de que fuera

había visto un tonel lleno de agua, en el que le sería posible desprenderse del tenaz papel. Salió, pues, sin cesar de luchar con él y a punto de echarse a llorar.

Uno de los vaqueros se estaba lavando en el tonel, cubierto el cuerpo por una camiseta. Levantó la cabeza del agua al notar su presencia, y el aspecto de María, a la que conocía de vista, le hizo reír.

—¡Píselo, señora!— aconsejó.

María siguió la recomendación y tuvo la satisfacción de quedar libre. Lanzó un suspiro de alivio y, antes de regresar a la tienda de campañía, exclamó con fervor:

—¡Gracias, muchas gracias!

El vaquero se echó a reír. María no supo en un principio a qué debía su extemporánea hilaridad, pero, al dar el primer paso en dirección de su "hogar", sintió que algo se interponía entre la tierra y la suela de sus zapatos, entorpeciendo su marcha. Era la maldita, la condenada artimaña, que no la quería abandonar. Cerró la lona de golpe y se sentó fatigada sobre la cama.

Dos horas más tarde nadie hubiera reconocido a María cuando con un pesado pozal se acercó a una fuente en busca de agua. Otro hombre se lavaba en ella. En aquel momento, al parecer, o en todos los momentos del día, los hombres del campamento mataban el tiempo lavándose. Lanzó una exclamación de contrariedad: no era que ella tuviera nada que oponer a la higiene, pero tenía mucho trabajo. Empezaba a vislumbrar que los

hombres sólo sirven para entorpecer la labor de las mujeres.

—¿Quiere el jabón?— ofreció amablemente el sujeto.

La contestación de María quedó ahogada por una exclamación de ira. Un carromato de tremenda longitud había metido una de sus ruedas en un charco, rematando la obra empezada dos horas antes. El hombre que se estaba lavando y que se había apartado para que pudiera coger agua, no sintió la compasión que María se dedicaba al ver se chorreando agua sucia:

—Deprísita, señora, que el tiempo es oro.

Tal vez, como antes pensara, la llaneza y la franqueza de sus compañeros de campamento fuera una ventaja, pero, en determinados momentos, resultaba excesiva. Le lanzó una mirada altanera, llenó el pozal y regresó a su tienda. Se encontraba obligada a equipararse como el resto de las mujeres; todas llevaban pantalones y se comportaban como sus esposos y hermanos, sin preocuparse de romper sus vestidos o mancharlos.

Una mujer había preparado un puesto de ropas en la entrada de Galveston y hacia allí se dirigió María. La tela áspera de los trajes que vendía, casi le dañó las manos:

—¡Válgame Dios! Creo que voy a necesitar un... un equipo completo.

—Lo que necesito lo tengo yo, hermana. Aquí tiene unos pantalones que le vendrán al pelo. No los romperá una mula.

María estaba de acuerdo e iba a empezar la compra cuando Azúcar la llamó desde lejos, mientras corría en su dirección. La llamaban por teléfono. La joven descendió, como vulgarmente se dice, de las nubes y empezó a tener memoria de una serie de cosas que no había tenido en cuenta.

—Sí, es Katie. Dice que es importante. Tenía que haberla oído cuando le dije que se había casado. Creí que se stragantaba con el teléfono.

Ya lo imaginaba María sin gran esfuerzo. La noticia había empezado a circular y mucho la extrañaría si dentro de poco no acontecía lo inevitable: que su padre estuviera enterado de ello. Por lo tanto, no concedió mucha admiración al rasgo humorístico del cowboy. Sin decir una palabra corrió al lado de Azúcar hasta llegar a la cabina.

—¡Ay, señorita María! —gimió Katie—. He llamado casa por casa a todo Galveston... Lo ocurrido es catastrófico... Su padre viene aquí.

—¿Que mi padre va a venir a Pal Beach? ¿Cuándo? No lo sé, Katie. Espere un momento. No sé qué hacer... Mejor que no le diga nada. No, no puedo volver ahora, Katie.

La protesta convirtió a Katie en estatua de sal. Las iba a dejar en la estación, pero se arrepentiría de su intención. Usted no querrá matar a su padre de una impresión...

—Puede que tenga razón... —aceptó María, con un caos en la cabeza—. Lo prudente es volver. Lo haré en

cuanto convenza a Estirón. No lo sabe, Katie... Me cree una camarera todavía... No sea tonta, Katie. Tengo que decirlo alguna vez y podría aprovechar ahora...

Colgó el aparato y salió casi sin darse cuenta al exterior. En medio de la plazoleta, montado a caballo, estaba Estirón rodeado de una multitud de personas. Prestó atención y creció su problema, no sin gran indignación suya al comprobar que Estirón discutía sus asuntos conyugales, y a ella misma, ante aquel senado de hombres por afectar y mujeres gastadas.

—¡Camarera! ¿Y qué diantres es eso? —preguntó un anciano.

—¡Ayudar a vestirse a las señoritas! —despreció su esposo.

—¡Lodo sea Dios! —gritó el que había hablado—. Me estoy poniendo los pantalones desde hace setenta años y pico..., y nadie me echó nunca una mano. —Todos se echaron a reír y aprobaron la salida del viejo. — Tú decías que sabías distinguir las buenas de las malas, Estirón. Buen ojo has tenido.

—Sepa que mantiene a su padre y a cuatro hermanitas. De esa clase es... ¡y sin quejarse nunca! —respondió con orgullo el joven.

—Lleva la hourader en la cara —comentó una mujer—. ¿Por eso me gusta!

—Sí... ¡Qué vergüenza cuando uno se casa con una mujer que no es decente!

—Si así fuera, pronto la plantaría, ¿verdad, Estirón?

—Sí..., seguro que sí... — concluyó su esposo.

María se ocultó de las miradas de la muchedumbre y anduvo hacia un árbol algo apartado del campamento. Las mejillas le ardían y todas las palabras de la conversación escuchada eran repetidas por su cerebro como una música obsesionante. Se sentó a la sombra del árbol e intentó componer su mundo interior. No salió de su ofuscación hasta que oyó los cascos de un caballo junto a ella. Era Estirón que la miraba amorosamente. María desvió su rostro y jugueteó con unas piedrecillas.

—¿Qué tienes, María?

—Nada. Hacía fresco aquí... y creí...

—Andar me ha dicho lo de la llamada de Katie. ¿Hay en casa alguna novedad?—preguntó con bondad—. Debe preocuparte mucho tu padre y tus hermanas... A mí también me preocupa. Anoche debí pensar en ello, pero... creo que anoche no estábamos para pensar en nada. Mira, si pudiéramos llevarles al rancho, los cuidáramos de un modo u otro.

—No, Estirón; no debes preocuparte tanto...

—Estoy pensando que tal vez fuera... Tal vez será mejor que vuelvas y los instales bien. Se me figura que entre ir y volver y acomodarlos, podrías estar de vuelta al rancho el martes. Ya sabes que dejo este equipo a fin de semana y podré estar el martes en casa. ¿No te parece una gran idea?

—¡Estirón!—exclamó María poniéndose en pie de un salto y abrazándole.

Acaso momentáneamente sintió un gran alivio porque, sino resolvía por entero un problema, cuando menos los solucionaba de momento. Pero subsistía el problema moral que la sacudía el alma como una hoja arrojada por el huracán. Nunca dejaría de amar a aquel hombre sencillo y bueno, que tan sin dolo pensaba solamente en ella, sacrificando incluso su amor, alejándola de sí para hacerla feliz. Nunca se había visto tan cercana al lodo. Su egoísmo la espantaba y tal vez por lo mismo su abrazo fué más apretado.

Poco más tarde estaban en la calle principal de Galveston ante el auto que partía en dirección de Palm Beach. María aguardaba a Estirón que había entrado un instante en la oficina para adquirir su pasaje. Sabió, por último, cargado de revistas y con un papel en la mano. Se lo entregó todo y dijo apresuradamente:

—Aquí tienes. Te he escrito detalladamente la manera de llegar allí. Ya verás qué buena es mamá Hawkins. Le diré que te arregle una habitación hasta que la casa esté terminada. ¡Je! Ya estoy hablando de la casa y no tengo nada más que los cimientos.

María, confusa, le envió una mirada de amor inefable; luego, se puso de puntillas, para alcanzar su cuello y le abrazó. Tenía un nudo en la garganta que no le permitía hablar.

pues hubiera derramado las lágrimas que la esocían en los ojos.

—Coche a Houston. ¡Arriba todos! — anunció el encargado.

Estirón se desprendió de María y trató de animarla con una sonrisa. Las mujeres son siempre un poco sentimentales; él mismo no estaba seguro de haber trasado aquel plan atendiendo a las voces de su corazón, que le ordenaban, como si presintiesen el futuro, que la conservase a su lado.

— Anda que se van.

—Coche a Houston. ¡Arriba todos! — El resto de los pasajeros ya habían ocupado sus asientos y contemplaban con curiosidad a la joven de traje sucio y roto que se asía desesperadamente a un vaquero de gran estatura.

— ¡Qué de años van a pasar de aquí al martes!... — dijo Estirón.

— Adiós, Estirón — exclamó María, tornándole a abrazar.

El conductor miróles con aprensión. Por culpa de aquella pareja tendría que forzar la velocidad para llegar a punto al sitio de su destino.

Sacó la cabeza por la ventanilla y gritó:

— Perdone, señora. Tenemos el horario mareado.

María se apartó de Estirón y subió al vehículo. Estirón se aproximó al conductor, tras de mirar si María estaba bien aposentada.

— Cuidala lo mejor posible, ¿eh, compañero?

— Descuida, vaquero. — La Compañía estaba asegurada.

— Oye, hazme el favor de darle esa almohadilla — suplicó Estirón entregándole un dólar.

Por fin, después de abrumarle de recomendaciones y de enviar a María toda suerte de objetos destinados a hacerle el viaje agradable, rugió el motor del coche. María pegó su rostro a los cristales de la ventanilla trasera. Estirón la miraba con anhelo y agitaba una mano. Pudo oír su voz anunciando como una promesa de dicha eterna:

— ¡Hasta el martes!

Poco a poco su figura se fué haciendo diminuta hasta desaparecer.

CAPITULO VIII

Una comida en honor de Henderson

Katie franqueó la entrada a María y la bienvenida que estaba a punto de brotar de sus labios, fué transformándose a medida que sus ojos recorrían a su señora, para terminar

saliendo disparada como una exclamación de horror.

— Dios bendito, señorita María, ¿qué ha sido del vestido?

— Me lo pisé.

Anduvo por el vestíbulo de su casa en dirección de la escalinata que llevaba al piso superior, sin hacer caso al resto de las preguntas de Elly, que también se había presentado. Para que el sacrificio de Estirón no fuera estéril era necesario que nadie se hubiera enterado de su huida. En efecto, nadie la sabía, ni su padre que estaba a punto de llegar según anunciaba un telegrama que había enviado. Llegaría con sus invitados y las esposas de éstos.

—Nadie debe saber que me he casado, Elly. Advértaselo al resto de la servidumbre.

Elly le suplicó que se tranquilizase, pues solamente lo conocían Katie y ella y estaban tan interesadas en el silencio como la misma María.

—Su tío Hannibal está aquí — señaló en dirección del techo — ¡Arriba!

Gracias a Dios que tío Hannibal había tenido la intuición de llegar en primer lugar. Podría descargarle parte de lo que gravitaba sobre su corazón y que se había visto obligada a mantener en silencio durante los dos días anteriores y que en adelante requeriría el mismo secreto. El viaje de regreso había sido una verdadera penadilla.

El arrugado y simpático rostro del anciano se contorsionó en una sonrisa de cariño. Advertido del regreso de su sobrina de una aventura — ¿qué otra cosa podía ser? — había deseado ser el primero en hablar con ella y ver los derroteros que su

vida había tomado desde que la abandonara la última vez. La besó en la frente y pensó que la alegría de su sobrina era bastante forzada.

—¡Oh, tío Hannibal! Me alegro de que hayas venido.

—¡Hola! No es que tu padre haya tenido la atención, pero vine, no obstante... con la servidumbre. ¿Sabías que tu mayordomo era un tramposo jugando a la brisca?

La noticia que en otro tiempo la hubiera divertido, no la interesaba. El anciano se percató de que sus ojos estaban rodeados por dos círculos amoratados que, una de dos, indicaban que su sobrina no dormía o que tenía una gran preocupación, como ya había pensado al entrar.

—Le prepararé el baño, señorita María.

—Gracias, Elly.

—¿Cómo te va por aquí? — preguntó su tío, cuando la doncella hubo desaparecido —. Déjame verte. ¡Oh!... ¿Es esa la última moda?

Señalaba con su bastón el roto que produjera la cama de campaña.

—Me lo arregiaron en Galveston. Y dos días en autobús no lo han mejorado.

—¡Dos días en autobús!

—Es que no tenía dinero... ni podía pedirlo a nadie y tuve que venir en autobús — mintió María, para arrepentirse a continuación.

—¡Bien! Excelente razón para venir en autobús. Pero, ¿qué diablos hacías tú en Galveston? Eso es lo primero que...

—No puedo contártelo ahora, tío Hannibal. Tengo que bañarme primero. Pero no te vayas que quiero hablarte.

—Pues, a juzgar por tu vestido... has debido recoger una gran experiencia de la vida.

María rehuyó la pregunta formulada en aquellos términos tan agradables. Pero se dijo que tarde o temprano le narraría a su tío su odisea y, por consiguiente, al tiempo de cerrar la puerta del cuarto de baño, le gritó:

—¡Ya lo creo! ¡Me he casado!

—¿Te has casado?... ¡Mary! No puedes soltarme una bomba como esa y refugiarte en el cuarto de baño... ¡Eh, espera un momento!

A pesar de sus protestas, tuvo que aguardar durante un cuarto de hora a que María tornara a presentarse ante sus ojos. Mató el tiempo haciendo una lista de las posibilidades que tenía de averiguar quién era el afortunado mortal que se había casado con su sobrina. Salió, al fin, María del cuarto de baño y tan transformada por la ablución, que sus primeras palabras fueron un tartamudeo de sorpresa:

—Yo pe... pe... perdóname. He hecho una lista de las posibilidades; dime cuando me quemo... ¿Es un albañil? ¡Hum! ¡Qué lástima! ¿Es un aviador?

Su tío no llevaba camino de acertar ni en todo el día, además no tenía deseos de que su problema sentimental fuera considerado como un

pasatiempo que ella le ofrecía. Interrumpió las hipótesis, diciendo:

—Vaquero.

—¿Vaquero? ¿Joven? — María afirmó—. Un joven vaquero.

—Oye, ¡eso es estupendo! —aseguró entusiasmado, aunque a María no le mereciera el mismo calificativo.

—¿Ah, sí? Pero por desgracia soy un caballo de circo y él cree que soy un caballo de carga... Los caballos de carga son buena gente. ¿Lo sabes tú?

Tío Hannibal había perdido parte de su imperturbable buen humor. Su sobrina miraba ensimismada el mar desde la ventana. Su pregunta, aunque algo grotesca, debía encerrar el secreto de muchas cosas. Se puso frente a ella, obligándola a levantar la cabeza.

—No. ¿Y lo son?

—¿Sabes por qué los caballos de carga son buena gente? Porque de la carga llevan su parte. ¡Y yo no puedo con mi alma! —sollozó paseándose por la alcoba—. ¡Ay, tío Hannibal, en qué lío me he metido!... ¿Te has visto alguna vez en un embrollo tal que no supieras cómo desenredarte?

—Sí. En este preciso momento.

—¡Lo siento! —dijo acariciándole la mejilla.

—Veamos, tal vez pueda ayudarte. Propietas con un vaquero joven, te casas con él y os vais a Galveston. No sé más que eso... ¡Ah, y otra cosa! que los caballos de carga son buena gente. ¿Hay algo más? ¿Qué

haces aquí tú ahora, por ejemplo?...

—Si yo lo supiese, Katie me llamó y como él se vanagloriaba de mí ante sus amigos... tuve que tomar una decisión y ¡oh, no... no lo sé! Que me asistió, supongo.

—Ni mucho menos — respondió tío Hannibal dando en el clavo —. Tú no te asustas fácilmente.

—¿Es que me escaparía? — la exclamación de su tío fué burlona —. No fué eso en realidad... Pero al sugerirme la idea de que viniese a ver al borrachín de mi padre y mis cuatro hermanas... aproveché la ocasión.

—¿Un padre borracho y cuatro hermanas? Mira, hace un momento te entendía perfectamente... pero ahora he perdido el hilo.

—Sí, eso es otra cosa. Olvidé decirte... Yo soy una doncella. El padre y las hermanas forman parte de un sistema... para pescar a un hombre. Es de Elly o de Katie... no me acuerdo quién es el genio.

—¿Y él sigue creyendo que eres una casamentera? — le reprochó su tío.

—¡Oh, ya lo sé! Es estúpido, pero, ¿qué podía hacer? No pude decirle. Lo intenté, pero tiene unas ideas tan particulares.

Era inútil insistir de momento. El nada podía aconsejar.

—¿Cuándo te espera de vuelta?

—El martes, en no sé dónde de Montana.

—Bueno... A mí entender lo primero que hay que solucionar es...

— un ruido de frenos y exclamación

de alegría, le interrumpió —. ¡Oh, oh!... Ahí viene tu padre. La esperanza de América con su séquito en pleno. Incidentalmente, ¿qué le decimos?

—Eso, ¿qué le decimos? Costará trabajo desenredar la madeja. Lo que puede pasar ahora es que papá pierda la candidatura... Tío Hannibal, ¿qué hago, qué le digo?

—Nada... tu pobre padre está acostumbrado a no enterarse de nada.

—Piensa por mí, tío Hannibal — le suplicó.

—Puedo pensar por tu cuenta, pero no sentir por ti — le contestó sensatamente el anciano, a quien faltaba un extremo por averiguar —. Vamos a ver: ¿tú quieres a ese vaquero? — María hizo un signo afirmativo —. ¿De verdad? Pues no te apures. Procuraremos convencerle que los caballos de circo son también buena gente.

Las pisadas del juez Smith ya sonaban en el pasillo que desembocaba ante su puerta. Tío Hannibal hizo una seña de complicidad y se sentó tranquilamente en un sillón. No obstante, había quedado por resolver la importante cuestión de qué tendría que decir a su padre. Seguramente, ello se debería a que la aconsejaba implícitamente que, en caso de necesidad, fuera enteramente franca. El juez Smith golpeó la puerta y penetró en la estancia al recibir el permiso para entrar. Besó a su hija fríamente como solía, por estar pensando en otras cosas y por impedir la etiqueta toda efusión sentimental, e hi-

so un ademán de saludo a su hermano.

—¡Hola, me alegro de verte, María! ¡Hola, Hannibal! Estás maravilloso. Una semana en Palm Beach te hacía mucha falta. Bueno, hijita... todo marcha estupendamente — María y su tío cambiaron una mirada —. Es probable que solucionemos el asunto antes de nuestro regreso. Espero que ayude... Los comisionados y sus esposas están aquí y quiero darles una comida el próximo martes

—¿El martes? — balbuceó María. El martes precisamente. No podía ser aunque tuviera que combatir a sangre y fuego.

—Sí. Nada extraordinario. Lo suficiente para mantenernos de buen humor. Lo apoteósico vendrá luego. ¿Sabes quién ha venido?... — hizo una pausa teatral —. ¿Henderson?... Conviene que te ofrezcamos una recepción.

—No estaré aquí el martes, padre.

—¿Cómo, qué dices?

María estaba decidida a revelar su secreto. Tío Hannibal no sabía si tomar las de Villadiego o frotarse las manos de contento. El asombro y la ira que iba a experimentar su hermano le rogó, poco caritativamente, por anticipado.

—Digo que no estaré aquí. Espero estar de vuelta en Montana, con mi marido... Me he casado, padre.

—No es el mejor momento de hacer bromas, María — exclamó con austeridad su padre, aunque barruntaba

que poco humor había en la afirmación.

—No te hable en broma. Lo conocí la semana pasada en un rodeo.

—Es un vaquero — apuntó maliciosamente tío Hannibal. Las ambiciones aristocráticas de su hermano iban a sufrir un rudo quebranto.

—¿Un vaquero! — estalló —. ¿Quieres decirme que te has casado con un vaquero — y al escuchar la afirmación sus puños se crisparon —. ¡Bien! Esto es fantástico. No, no es posible... ¿Un vaquero!

—Pero, ¿qué le pasa a un vaquero? — preguntó Hannibal con inocencia.

—Nada le pasa a un vaquero por lo que a mí respecta, pero ¿qué dirá Henderson?... ¿Es que no hay modo de hacerlos comprender que, sin su apoyo, mi candidatura es imposible?... ¡María Smith contra matrimonio secreto con un vaquero!... Esc en letras de molde resultará perfecto

Hannibal, que nada más tenía ojos para su sobrina, sorprendió algo en su semblante que le hizo perder la alegría que la noticia había despertado en él. Exclamó secamente:

—Cállate, Horacio — después más suavemente prosiguió —. ¿Existe alguna razón para que Henderson se entere?

—¿Te figuras que una cosa así puedo mantenerla en secreto?

—El muchacho no sabe quién es María. Pongamos punto en boca y nadie lo sabrá... Así al menos hasta que Henderson te dé su conformi-

dad... que una vez publicada, no se atreverá a retirar así como así.

Recapacitó el juez Smith en lo dicho por su hermano y se tranquilizó un tanto. No estaba mal el subterfugio, pero, no obstante, cabía la posibilidad, y casi era segura, que a pesar de todo Henderson se retractase de lo dicho.

—¡No puedo tolerarlo! — se encoró con María, decidido a todo —. Tú te quedarás aquí sin moverte... y yo haré porque ese matrimonio se atule en silencio.

Su egoísmo no tenía en cuenta para nada el corazón de su hija. Tío Hannibal sintió que algo se le sublevaba en su interior y por primera vez en su vida comprendió la amargura que era tener un hermano como el suyo. Pero María, enfurecida asimismo, se encargó de llevar el desengaño a la voluntad de su padre.

—Lo siento, padre; pero si te obsesinas en ello, seré yo misma quien informe a la prensa.

Aquella era una buena estrategia para dominarla. Tío Hannibal tornó a frotarse las manos. Horacio encontraría por primera vez una decisión tan fuerte como la suya. María empezaba a sacar las uñas. Ya era hora que lo hiciera.

El juez Smith parpadeó unos momentos sin saber qué decir. Lo sorprendía, por no decir otra cosa, que su dulce hija demostrara más amor a un vaquero desconocido que a él mismo. Y como un destello supo que María ya estaba en la edad de hacer respetar sus derechos. No obstante, se negaba a aceptarlo.

—Está bien, María... si es esa tu última palabra será porque te sientes orgullosa de ti. Has llegado tan lejos que... lógicamente no debo esperar que me ayudes. Pero supongo que al menos tendrás la bondad de quedarte hasta después de la comida de Henderson... Digo, si no es pedir demasiado...

El refútn y la fingida humildad de las frases de su padre no la conmovieron. Con no menor ironía, aunque con algo más de humanidad, aseguró:

—Claro que me quedaré, padre. Si no es más que eso no te preocupes. Me quedaré y haré cuanto me mandes.

—¡Gracias! — respondió el juez Smith, saliendo de la habitación.

—¡Qué tonta eres, María! — la regañó tío Hannibal. La joven dejaba que la espada de Damocles continuara suspendida sobre su cabeza.

CAPITULO IX

La semana próxima tal vez

Estirón ya estaba en Montana. Volvía a respirar el aroma de las selvas y a contemplar las lejanías abarcadas por diminutas montañas. Pero aquella mañana no se fijaba en tales detalles. Estaba tan alegre e impaciente como si Bess hubiera tenido la yegua; su armónica ejecutaba una alegre cancioncilla, pero de repente cesó de tocarla. Ficó de espaldas, haciendo una señal a sus compañeros que conducían un tropel de vacas, y galopó hacia el rancho.

Al llegar a los corrales desmontó de un salto, mientras But aparecía sujetando su caballo por la brida. Llevaba un traje nuevo y hasta a Estirón tuvo sospechas de que había vuelto a su antigua costumbre de perfumarse.

—Trac, déjame que te lo ate, Estirón.

—Oye, ¿por qué tan servicial de repente?

—Je... No lo sé... Estás de tal modo que no sabrías distinguir una silla de montar de una tarta. ¿En qué tren viene, Estirón?

En efecto, era el martes señalado para la llegada de María y la cause de que todos los habitantes del rancho estuvieran con el alma en un hilo, lo cual testimoniaba el afecto que

sentían por el patilargo vaquero.

—En el de las diez... ¿Dónde está Azúcar? —preguntó alarmado. Azúcar formaba parte del comité de recepción.

—Allí, hablándole a Bess — señaló But en dirección de la cuadra de su yegua. Azúcar tenía pegada su boca a la hermosa cabeza del animal y mascullaba unas palabras.

—¡Eh! — gritó Estirón, con una especie de celos — ¿Qué le estás contando?

—Muchas cosas que conviene que sepa.

—No le hagas caso a ese, Bess — aconsejó Estirón.

—¿Cómo llamarías a la potranca, Estirón?

—Aun no lo sé... tal vez María. Bueno, tened el carricoche listo para las siete, muchachos.

—¡Las siete! — protestó Azúcar — ¡Si el tren no llega hasta las diez!

La burla no hizo mella en Estirón.

—¡Bah! ¿Quién sabe?... ¡No quiero exponerme!

Dejó a sus amigos con algunas dudas respecto al estado mental de los hombres enamorados y recorrió a zancadas el camino que maría ante el edificio principal, una cómoda y bonita casa de madera, muy espe-

ciosa. En el vestíbulo, sombreado por visillos y cortinas, que denotaban una mano femenina, lanzó el sombrero en dirección de la percha sin acertar en el tiro... Sus nervios no andaban muy bien aquella mañana. Menó la cabeza sin preocuparse de recoger del suelo la prenda y pasó al comedor. Estaba desierto. Seguramente mamá Hawkins estaría en la cocina.

—¡Mamá Hawkins!

Salió de la cocina, en afecto, la buena mujer. Era bajita, gorda, de rostro agradable y bondadoso, aunque pareciera gruñir eternamente su poseedora. Al ver a Estirón simuló un gesto de desagrado y le preguntó:

—¿Qué te duele? —le pegó una amistosa patada en la espinilla, deteniendo de paso la mano que avanzaba hacia la mermelada—. Así aprenderás a estar quieto cuando estoy ocupada... ¿Qué quieres?—preguntó entrando en la cocina.

Se inclinó sobre la mesa y Estirón levantó su pie y devolvió la patada que hacía un momento había recibido. La mujer no le hizo caso. Los vaqueros son como chiquillos.

—¿Ya ha puesto las, las cor...? ¿Cómo se llaman esas nuevas cortinas para su cuarto?...

Estirón era su predilecto y le consentía ciertas cosas, menos humear en sus guisos y meterse en los asuntos de la casa, única y exclusiva atribución suya. Además, descaba darle una sorpresa.

—¿Qué cortinas? Aquí no hay ne-

da de cortinas nuevas. No voy a echar la casa por la ventana porque venga esa... —se interrumpió. Estirón, como siempre, le había deshecho el lazo del delantal.

—Vámonos, Ma...

—¡Si supieras las ganas que tengo de que acabes la casa y dejes de fastidiarme con tanta cortina nueva!

Se abrió la puerta de la cocina y un vaquero patizambo y con el cabello prematuramente cano, preguntó, precavido, desde la puerta:

—Oiga, Ma... ¿dónde quiere que cuelgue estas cortinas nuevas? —y salió disparado al ver que se dirigía hacia el gritando.

—Pero, ¿cuántas veces te tengo que decir que no quiero que entres cuando estoy guisando? Sal, mamarracho. Déjame ahora de cortinas. Ponlas por ahí, en la silla; estoy ocupada. Déjalas sobre la silla —Estirón la había cogido por la espalda y la sacudía, después de darle un beso—. ¡Oh, suelta! ¡Déjame! Estoy ocupada.

—El mejor día te daré un mordisco en el cuello. ¡Aquí mismo! —dijo señalando el lugar preciso.

—Déjame en paz, espantapájaros —exclamó dirigiéndose hacia el horno.

—Ahora ya te tengo marcada —respondió Estirón deshaciéndole nuevamente el lazo del delantal.

—Uno de estos días voy a hacer una marca que no se marchará.

El delantal estaba nuevamente asegurado y Estirón y la mujer olieron con fruición el pastel, indudablemen-

te lo era a juzgar por el olor, de lo que se cocía en el horno.

—¿Qué cueces ahí? — preguntó Estirón fingiendo inocencia.

—Nada que te importe.

—Algo bueno para María, ¿eh?

—¡Je! ¿Crees que no tengo otro quehacer que guisar para María? — le sacó de su paso, mientras se dirigía hacia la mesa —. Largo de aquí. Sal de aquí y estate quieto. ¡Oh!

La exclamación correspondía a que otra vez Estirón había desatado el delantal. Mamá Hawkins tornósele a ligar; en ella ya constituía un sexto sentido hacerlo en cuanto Estirón estaba cerca de ella. Estirón se dijo que todo andaba en regla.

—Bueno, iré a echarle un vistazo a la nueva casa.

—¿Otra vez? Es la cuarta en lo que va de día.

—¡La quinta! — corrigió Estirón y el lazo fué deshecho. Mamá Hawkins le persiguió hasta el porche, desde donde le gritó, en vista de que no podía alcanzarle:

—Estirón Willoughby, el mejor día te moleré a palos por hacerme estas cosas.

La nueva casa no requería mucho tiempo para "echarle un vistazo"; era simplemente un armazón de maderas que indicaban aproximadamente los lugares en donde habían de estar los tabiques. A pesar de ello, Estirón pasó por el marco correspondiente a la puerta a la cual conducían tres escalones, lo único completamente terminado de la construcción. Con un

pedazo de tiza que sacó del bolsillo, trazó un círculo y otro enfrente de él, inscribiendo en ambos su nombre y el de su esposa. Aquello eran los sillones.

Todo el suelo de la armazón estaba cubierto de inscripciones semejantes que indicaban la disposición de unos hipotéticos muebles. La fantasía de Estirón llegaba a tal grado de realidad que al deambular vigilando el trabajo procuraba no pisar los lugares señalados con tiza y titulados con el nombre del mueble futuro. Aquella mañana, sea por la excitación, sea por cualquiera otra causa, el vaquero empezó a hacer cosas raras que congregaron paulatinamente a sus amigos y a los restantes trabajadores del rancho en torno de la casa.

Al llegar ante el "hogar" extendió la palma de las manos en dirección de las hipotéticas llamas y luego se las frotó.

—Esto es mejor, ¿verdad, María? Se está bien y calentito aquí — simuló escuchar una respuesta y sonrió, prosiguiendo la conversación en voz alta —. ¿Demasiado calor? Abriré la ventana.

Fué hasta la "ventana" y la "abrió". Su pecho se ensanchó, mientras su mano y su brazo iban a rodear una cintura invisible. Luego miró a la lejanía con expresión de indecible arrebato.

—¿Qué bien se respira aquí! Ya te lo decía yo... ¡Atiza, abre el apetito! Comemos, ¿eh? Siéntese, señora Willoughby.

Apartó una "silla" y se "sentó" en otra, es decir, adoptó la posición de una persona que está sentada. Los vaqueros le contemplaban boquiabiertos. Estirón andaba mal de la mollera y nadie se atrevía a intervenir, hipnotizados por el espectáculo.

—¿Eh? ¡Ah, sí! hoy estuve muy ocupado. Metí en la finca esas nuevas cabezas de ganado. Coma mucho apio, señora Willoughby; le sentará muy bien...

Y mientras él "comía" su apio, meneó la cabeza con satisfacción y descubrió la congregación de vaqueros que su sorprendente conducta había reunido. Por un instante se quedó sin aliento. Estaba perdido. Conocía de sobras la ruda broma y las dolorosas chacotas que solían hacer objeto a las personas que se comportaban como él. ¿Qué hacer? Pues era muy sencillo: si participaban en la pantomima estaba a salvo.

—Vaya, pasen —les ofreció irguiéndose—, pasen. Ahora nos sentábamos a comer. Oiga, esa es la ventana —protestó al ver que uno de ellos saltaba por el marco—. Pasen por la puerta principal. Abran la puerta. Adelante.

Azócar "abrió" la puerta y los demás le siguieron sin atreverse a protestar. Pronto estuvieron todos en el interior y Estirón les presentó a la señora Willoughby en un alarde de cortesía y hospitalidad doméstica.

—¿Beberán algo?... Nada, como si estuvieran en su casa —protestó, al ver que cambiaban unas mira-

das—. Siéntese en esa silla, anda hombre. Siéntese en el sofá. But.

Les llenó los vasos, mientras sus amigos estaban puestos en cuclillas maldiciendo su curiosidad. Ahora estaban a merced de Estirón, que les había ganado por la mano. Fingieron beber unos tragos y hasta hubo alguno que exhaló un resoplido de placer.

—Ahora, María, nos cantará una canción. Nos va a cantar "Annie Laurie". ¿Les gusta a ustedes "Annie Laurie"? Empicza, María —dijo sacando su armónica e interpretando la canción anunciada.

Todos se creyeron obligados a llevar el compás. Casi se habían habituado a aquello cuando la voz de mama Hawkins se encargó de truncar el encanto a que les tenía sometidos Estirón. Se volvieron alarmados y azorados como chiquillos cogidos haciendo novillos.

—Pero, ¿qué pasa aquí? ¿Os habéis vuelto locos?

—Es que me ayudaban a jugar a matrimonios —se burló Estirón acercándosele.

—¡Los muy zánganos! ¡Con el trabajo que hay!... —le alargó un sobre azul—. Aquí tienes un telegrama.

—¿Un telegrama? ¡Atiza! —dijo cogiéndolo apresuradamente—. El tren se ha debido adelantar. ¿Qué hora es?

Un telegrama para aquella gente sencilla era anuncio de una desgracia. Se acercaron insensiblemente a

Estirón mientras éste rasgaba el sobre y leía las líneas que contenía. Luego, sin decir palabra lo arrojó en dirección del hogar, se abrió paso entre sus amigos y se alejó con la cabeza inclinada. La rápida mutación de su humor, le cohibió y horrorizó. Mamá Hawkins miró interrogativamente a Azôur, que había recogido el papel.

—Que no viene... La próxima semana tal vez.

Los hombres se marcharon sin murmurar una palabra, con gesto sombrío. Algunos contemplaron có-

mo mamá Hawkins se dirigía hacia Estirón, apostado bajo un árbol y mirando sin ver las montañas, meneando la cabeza. ¡Mal asunto aquel para el pobre Estirón! La buena mujer sostuvo la triste mirada de Estirón sin vacilar. El muchacho esperaba unas palabras de consuelo de ella y no se las negó. Su corazón maternal estaba abierto a todos.

—Por lo que me dices de ella estoy segura de que si no viene es porque no puede.

Estirón apretó las mandíbulas y se apartó de ella.

CAPITULO X

Un hombre de la calle

La servidumbre del juez Smith estaba dedicada por completo a la que su señor había titulado con el nombre de "una cena sencilla". Todos se preguntaban quién era aquel Henderson, a lo que respondió el segundo mayordomo, que leía las páginas políticas de los periódicos, que era un hombre poseedor de una varita mágica. Si la agitaba sobre la cabeza del señor Smith al punto le sería concedida la presidencia.

Tío Hannibal estaba intranquilo. La indiferencia de María, que siguió a la acción de enviar el telegrama a Estirón, por cuanto la rodeaba lo estranecía. Ambos estaban, como siempre, charlando en el cuarto de

la joven, ya dispuestos para la cena de gala. Hannibal vestía de frac y María un traje de noche negro que hacía destacar la esbeltez de su cuello.

—¿Cuándo sales para Montana?

—Mañana o pasado. En cuanto se marche esa gente.

—¿Has resuelto confesárselo todo a tu vaquero?

—Todo, aunque me eche a patadas... como probablemente hará — De ello estaba segura. Había abusado demasiado de la paciencia de Estirón.

—Bueno; por si acaso — dijo con indiferencia el anciano, aunque conociendo lo que su apoyo represen-

taba para su sobrina — allí estaré yo para recoger tus pedazos.

Ames y Smith pidieron permiso para entrar en la habitación. Habían estado comentando sobre el matrimonio de María y habían llegado a un acuerdo, lo que casi significaba una decisión, siempre y cuando no hubiera tropiezos. Así se lo dijo Ames, que deseaba congraciarse con María.

—Inmediatamente después de comer cogaremos a Henderson aparte y a buen seguro que hará sus manifestaciones a la prensa esta misma noche. Logrado nuestro propósito no habrá inconveniente que su matrimonio con el vaquero se divulgue.

—Podría usted alzar la voz un poco más — dijo entre sarcástico y temeroso su padre —. Procure que Henderson le oiga. Está en esa habitación.

—Perdone.

María se retocó un poco la pintura de los labios y se apartó del tocador. Los deseos de su padre ya estaban cumplidos. Los tres ancianos se confesaron que hacía mucho tiempo desde que vieran por última vez a una mujer tan hermosa como ella. La muchacha se mordió los labios y contestó sencillamente:

—Lista, padre.

Ames tuvo escrúpulos de conciencia. Acaso había sido demasiado explícito y dijo nervioso:

—Mary, su... supongo que se da usted cuenta de que si Henderson se entera de su casamiento el resultado será catastrófico. Claro que su vaque-

ro puede ser perfectamente aceptable, pero ya conoce a Henderson. Tiene ideas preconcebidas y debemos proceder todos con mucho tacto.

—Por Dios bendito — suspiró el juez —; no se hable más de ello.

—Estoy segura de que todo saldrá a pedir de boca, padre. (Por favor, no te atormentes! Te prometo hacer cuanto pueda por ayudarte.

—Ya lo sé, María. ¡Gracias!

Entró Henderson con majestuosa preopecoya. Su rostro rubicundo relataba cuánto era la satisfacción que se producía a sí mismo. Todos se inclinaron, ansiosos de estrechar su mano. Únicamente No Hannibal y María permanecieron indiferentes y sentados como a su entrada. Pero pronto María corrigió su gesto.

—Voy a tener el privilegio de acompañar a mi predilecta — anunció Henderson ofreciendo el brazo a María y dándole palmadas en la mano.

—Si se refiere a mí me halaga en exceso.

—Claro que me refería a usted — dijo Henderson, mirando en torno suyo como poniendo a todos por testigos de que no mentía.

No Hannibal dedujo que podría ser muy influyente y poderoso, pero que la inteligencia no era su fuerte; de eso estaba muy seguro. Salieron los demás hombres, mientras él los escrutaba con mirada trónica, pensando si el pale y aquella colección de vejates valdrían el sacrificio que María estaba realizando.

—Tan aturdido estoy que me olvido de todo —dijo el juez Smith regresando a la habitación y recogiendo su pitillera.

Una oportunidad como aquella hacía mucho tiempo que tío Hannibal no la había tenido. Encontrar a solas a su hermano era imposible. Pero ahora estaba enteramente a su merced y escucharía todo lo que pensaba de él y de su fea conducta. Se levantó de la cama y le detuvo cuando iba a salir.

—Horacio, lo que está pasando no puede ser más horrible. Has descubierto el casamiento de tu hija y ni una sola vez se te ha ocurrido preguntarle si es feliz... si está enamorada... o si sufre, acaso, alguna contrariedad. ¡Lo único que te importa es tu maldita ambición!

Le dio la espalda con desprecio y miró por la ventana. El juez Smith guardó su pitillera en el frac y miró hacia su hermano. Como una campana anunciadora del alba, sus palabras le habían abierto los ojos del alma a un nuevo día. Se estremeció. ¡Cuánta razón tenía Hannibal y qué necio había sido!... Salió al pasillo y se reunió con el resto de los comensales con algo roto en su interior, roto, pero que se levantaba en contra de él, lacerándole el corazón.

Henderson se pavoneaba entre sus admiradores y satélites hablando de María.

—Si todas las señoritas de nuestro país fuesen como María, estaría algo más seguro respecto a nuestro por-

venir. Nuestra juventud cree hoy en día que no vale la pena de vivir la vida, sino escandalosamente.

Lo cual era, precisamente, un buen exordio para lo que ocurriría a continuación.

Estirón llamó en los cristales de la cocina al ver pasar a Katie ante ellos y la bandeja que la muchacha llevaba en las manos se estrelló contra el suelo. Su sorpresa no fué obstáculo para que Estirón penetrara en la cocina sin el menor escrúpulo.

—¿Dónde está mi mujer? Supongo que estará arriba. Dile que estoy aquí... acabo de llegar.

Estirón iba muy elegante con un hermoso sombrero blanco y un traje nuevo, pero ni Katie ni Elly vacilaron en decretar que no sería bien recibido en el comedor; antes bien resultaría un tropiezo para los Smith. Las palabras se les atropellaron en la boca. Estirón les preguntaba si estaba bien, muy preocupado y, sin saberlo, les ofreció una excusa.

—No sé... ¿No sabes? Ya no trabaja aquí.

—¡Vaya! Pero... ¿dónde vive? —Ninguna de las dos lo sabía. — Bueno, pero sois amigas suyas, ¿no es cierto?

—Sí, pero María no hablaba apenas. ¡Era muy reservada, chico!

—Sí, muy rara... ¡Debes irte!

—Sí, más vale que te vayas —suplicó Elly, empujándole hacia la

puerta. Estirón no protestó al hallarse en el jardín.

—¡Nos despedirían si te encontrarán aquí!

—Bien.

—Adiós — cerraron la puerta y se apoyaron contra ella.

Estirón advirtió el gesto, pero no le sorprendió. Tenía una nueva idea sobre la forma de conseguir la información que necesitaba. Entró otra vez en la cocina, mientras las dos jóvenes lanzaban una exclamación de desesperación.

—Oye, estaba pensando... Su ama tiene que saber en dónde vive. Dile que quiero verla, ¿quieres?

Katie no quería por muchísimas razones. No podía hacer eso y sacudía la cabeza con fuerza. Elly la corroboraba. Estirón se impacientó; le parecían demasiadas las vallas opuestas para que él alcanzara su felicidad, total para no molestar a una mujer que no servía para nada.

—Pues iré yo mismo — gritó siguiendo el camino por el ya conocido, sin hacer caso de las protestas de Katie y de Elly, que se quedaron en la cocina retorciéndose las manos desesperadas.

La primera persona que vio Estirón fue a María, que medio se incorporaba para ir a su encuentro. Una mirada de tío Hannibal la avisó de que no lo hiciera. El joven nunca la descubriría... Pero ella no quería que la despreciase como adivinaba en el rostro de Estirón.

—No tuve intención de molestar-

les — se excusó descubriéndose —. Es que buscaba a cierta persona.

—Esta es la casa de Horacio Smith — anunció un mayordomo —. Seguramente se ha equivocado usted.

La mirada de Estirón, antes de girar sobre sus talones, abofetó, por decirlo así, el pálido rostro de María.

—Sí, es posible.

Pero allí estaba tío Hannibal, al cual, dicho sea de paso, le había resultado muy agradable Estirón, dispuesto a no dejar pasar una oportunidad, como aquella, de tomar el pelo a Henderson. El muchacho parecía saber lo que quería y decía, sino no hubiera procedido con aquella sangre fría. Horacio Smith comprendió quién era con sólo mirar a su hija y a Hannibal y humilló la cabeza hacia el plato.

—¡Un momento, joven! — gritó el tío de María —. Estos hombres son políticos y supongo que les interesará hablar con un hombre de la calle.

—Así es, en efecto — aprobó Henderson —. Pase, joven y siéntese.

—¡Estoy completamente seguro de que tiene usted tantas cosas que decir! — insinuó Hannibal haciéndole un guiño disimulado, pero que Estirón entendió perfectamente.

—Sí, es posible que sí — dijo aceptando la silla que le ofrecía el mayordomo.

—¿De dónde viene usted, joven? — preguntó condescendiente Henderson.

—De Montana.

—¿Montana? ¡Ah, fascinante país! Me interesa mucho el Estado de "La Estrella".

—Está usted hablando de Texas, señor — le corrigió Estirón. Henderson caraspeó desconcertado. No era muy corriente que hallase gentes capaces o que se atrevieran a enmendarle la palabra.

—Pues, es verdad. No sé, siempre los confundo —. ¿Está usted casado?

—Sí — dijo Estirón mirando a María y a su padre —. Estoy casado con una camarera, que mantiene a su padre y a cuatro hermanitas.

—No debería dejar a una chica así. — dijo el anciano volviéndose hacia María que, de pálida, pasó a lívida.

—No lo crea. Verá usted, resultó un engaño manifiesto. No mantuvo a nadie en su vida. Se consideró muy superior a mí. Sintió vergüenza de presentarme a sus amigos... sin duda por ser un simple vaquero, ¿digo yo?

El espíritu de los comensales se puso de manifiesto; en realidad no les importaba un comino el vaquero ni su triste historia de amores, pero tenían que simularlo para que quedara bien impresionado. Las elecciones estaban cerca. La cuestión era que los Smith, por lo menos dos de ellos, habían recibido el insulto y lo acusaban.

—A mí entender — dijo una de las damas — un vaquero vale tanto como una camarera. Procuraré acordarme y veré lo que dice el libro a ese respecto.

—El trabajo de cuidar vacas debe

ser más productivo que el de colgar vestidos...

Y así sucesivamente. Uno se preguntaba quién lucharía contra los indios; otro aseguraba que los vaqueros siempre buscaban el desquite. En resumen, hubo una batahola y ninguno se percató del desprecio que denotaba el semblante de Estirón, que sentía comienzos de emprenderla a trompazos, de tratarles igual que a las vacas, como decían. Por fin, Henderson recabó la atención de todos golpeando la mesa.

—¡Escúchenme todos un momento! — El escándalo decreció. — Solo un momento. Quiero un consejo de este buen hombre... A ver, díganme su opinión, joven. El juez Smith, nuestro anfitrión, desea entrar en candidatura para la presidencia de los Estados Unidos y quiere que le apoye... Vamos a ver, ¿qué me aconsejaría usted?

—Le aconsejaría que no fuese latido y que dejase de menospreciar a la gente — contestó al punto el joven, aprestado para la lucha —. Y lo mismo digo a sus elegantes amigos, aquí...

—¡Cómo! ¿Qué dice usted!...

—Ya sabe usted que le importa un comino mi opinión — respondió secamente y sin azorarse.

—Oiga, escuche un momento... Yo... ¡Hum!... — le faltaban frases para replicar. Estirón levantó su mano.

—Pero, celebro la pregunta porque deseo replicarla. En primer lugar, no puede tener derecho a elegir

a nadie para la presidencia, quien, como usted, no sabe tratar a las personas como seres humanos. En lugar de invitar a la gente a sentarse a su mesa para reírse de ellos, tal vez le convendría salir y procurar saber lo qué piensan y sienten... y si pueden y ver de remediar sus males. A la larga eso es lo único que cuenta. Si un... si el juez Smith aspira a ser presidente, no llegará muy lejos despreciando a todo el mundo... y creyéndose mejor que los demás. Abraham Lincoln no procedió así y resultó bastante aceptable como presidente...

Un silencio glacial siguió al discurso de Estirón, que se levantó de su silla empujándoles con su alta estatura y el fulgor de su mirada. Henderson, congestionado e iracundo, protestó:

—¿Ha terminado usted?

—Sí... Esto además, únicamente: que desearía invitarles a todos ustedes al rancho, donde es posible que aprendieran un poco de urbanidad.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. María, impotente para dominar más tiempo su dolor, remedió su gesto y corrió hacia él. Tío Hannibal aplaudió la perorata y es seguro que no lo hizo por espíritu de contradicción.

—¡Vaya una faena!

María alcanzó a Estirón en la cocina y se interpuso como en otra ocasión, entre él y su camino, extendiendo sus manos suplicándole con todo su ser un poco de piedad o, al menos, alguna paciencia.

—¡Estirón!... Por favor, Estirón, ¡déjame que te explique!

—Una doncella, ¿eh?... Te alababas de serlo — abrió la puerta de la cocina y desapareció en la oscuridad, sin hacer caso de su desesperada llamada.

Cuando regresó al comedor los comentarios habían crecido y estaban recumando indignación. María esquivó a unas invitadas inoportunas y se puso al lado de su padre que, sin hacer caso de los avisos de su mayordomo, tenía los ojos fijos en el albo y rico mantel. Cuanta ambición le había dominado hasta entonces se había esfumado dejando paso a su sentido de la paternidad. La mano de María le hizo enderezar como si le hubiese quemado y abrió sus brazos en los que la joven se arrojó sollozando.

—¡Oh, papá!

Tío Hannibal hubiera apostado noventa y nueve contra uno a que el vaquero había ganado la partida.

CAPITULO XI

¡Hola vaquero!

Azúcar y But, al salir a esperar su llegada a la puerta del rancho, estaban muy excitados. Debía haber sucedido un acontecimiento importantísimo. Estuvieron luchando por tener derecho de hablar primero, hasta que llegaron a la cuadra. Allí quedó todo aclarado. Una potranca sacaba la cabeza por la puerta vigilada por Bess.

—Bueno... ¡ja, ja, ja!... —exultó But—. Cuando resultó una yegüilla, tenías que haber visto a Bess. Sacudía la cabeza como diciendo: "¿Dónde estará ese patillargo de amo mío?" No le parecía cosa suya.

—No había visto nunca otra yegua igual —aseveró Azúcar—. ¡en serio! Es como un ser humano; sabía lo que estaba ocurriendo por momentos. Pues, señor, tenías que haber oído a mamá Hawkins ladrando a todas: "Dejad sola a la pobre — decía —, que ella haga lo que quiera". Dos horas más tarde la envolvía en una manta.

—Sí; se figuraba sola, y Azúcar y yo la sorprendimos...

Estirón se apartó de sus dos amigos, cuya alegría le hacía daño. Cambiando señas misteriosas le siguieron ambos. El joven iba a pasar de largo junto a un chiquillo que in-

tentaba cabalgar un gran caballo, pero el niño le llamó:

—¡Eh, tío Estirón, dame una vuelta, por favor! Por favor, tío Estirón.

—Hola, Mickey.

—¿Me montas, por favor?

El vaquero accedió a sus deseos y su brazo colocó al niño sobre la silla. Le contempló mientras se alejaba y reanudó el camino hacia la casa principal. Tenía el propósito de contar sus euitas a mamá Hawkins y después... ¿quién sabía lo que haría? Seguramente se marcharía a otra región que no estuviera tan llena de recuerdos para él. Azúcar le arrebató la maleta de la mano, y no sabía por qué, pero se lo antojó que se estaba riendo de él.

—Te llevaré la maleta a la habitación, Estirón.

—¡Gracias!

Azúcar y But corrieron apresurados hacia la casa. Parecían estar muy nerviosos, pero lo achacó al nacimiento de la yegua... Por cierto, tendría que darle otro nombre. Pero, ¿quién le inducía a pensar en aquello? Furioso consigo mismo, dió un puntapié a una piedra y salvó la distancia que le separaba de la casa. Por mucho que quisiera...

¡Santo Dios! ¿Qué hacía el juez Smith allí!

Efectivamente, no le engañaban sus ojos. Era el juez Smith en persona, sentado en un banco y a la sombra de un añoso árbol. Estirón se asió a una columna para conservar el equilibrio. Desde que se cayera del caballo a los diecisiete años no había sufrido una impresión tan tremenda. O el juez Smith era lerdo o tenía que percatarse de que los colores aparecían y desaparecían de su rostro con una velocidad vertiginosa.

Pero, el juez Smith, se pasó un pañuelo por la frente sudorosa y se levantó sin rastro de hostilidad en la faz. Al contrario parecía muy contento de hablar con alguien.

—Hola. Estaba contemplando su huerta. Yo solía cultivar tomates así de grandes en mi granja — tras este oxordio cambió el cariz de la conversación —. ¿Sabe usted? En el avión, al venir, me acordaba de algo que dijo usted... sobre la fatuidad y menosprecio de la gente. ¡Y con cuánta razón! Cuando uno desciende de las nubes, tiene la vista algo borrosa. ¡Muchísimos padres suelen ser así! Les cuesta apearse del machito. Exigen respeto y sacrificio por parte de sus hijos y, desgraciadamente, olvidan que deben ganárselo primero. Yo no supe ganármelo y, no obstante, recibí mucho bien de mi hija... Toda su vida no ha hecho más que sacrificarse por una maldita obsesión mía. Se acabó mi obsesión. He abandonado ese mal asunto.

—¿Lo ha abandonado? — tartamudeó Estirón. El juez Smith hizo señales afirmativas.

—No es que me hayan obligado. Vi que no era ese el camino que debía seguir. Justamente, al tomar el avión para venir aquí, Henderson me suplicó que cambiase de idea, pero rehusé... Ya no me atrae. Son tantos los hombres mejor dotados que yo para esa función... Además, he visto que María tiene una obsesión más importante. Y ahora... ¿podría pedirle este pobre viejo una bebida fresca? Lleva aquí sentado tantas horas.

Estirón sacudió los hombros. María no tardaría en llegar. ¡María...! ¡Qué dulce era pensar en ella sin resquemor tras de la confesión de su padre! ¡Cuánto habría sufrido la pobre en silencio! Subió los escalones e indicó al juez:

—Pues, claro... Entre usted por aquí.

Lo condujo hasta el comedor y le ofreció una silla. Mamá Hawkins salió hecha una exhalación de la cocina y frenó su ímpetu delante de él. La puerta de entrada se abrió de par en par y aparecieron todos los empleados del rancho. ¿Qué demonios estaba sucediendo aquel día en Montana? Todos se habían vuelto locos.

—¿Con que ya estás aquí? ¡Ya era hora de que volvieras! ¡Qué manera de trotar! — le alargó una silla —. ¡Siéntate! Seguramente no has comido en una semana. ¡Siéntate, espín-garda!

Estirón no estaba fatigado ni mucho menos; en verdad, sólo estaba muy interesado en saber lo que estaba ocurriendo en la cocina de donde salían risas y murmullos, pero obedeció a Mamá Hawkins, señalando al juez Smith.

—Es que éste quiere beber algo.

—¿Obsequiando forasteros? — dijo la buena mujer midiendo de pies a cabeza al padre de María — ¿Qué cosas que es esto?... ¿Una fonda? ¿Qué quiere usted? ¿Té helado? Es lo único que tengo.

Azúcar brotó por la puerta de la cocina ensuciándose el bigote con un hilillo de almíbar que pendía de su dedo, el cual, de vez en cuando, sufría unas tremendas chupadas.

—¡Muchacho!... — su deleite era innegable, pero al ver a Mamá Hawkins se refugió entre la gente que empezaba a cantar una canción.

—Te he dicho que te apartaras de esa cacerola — gruñó la mujer, cejando en su persecución.

—Vamos, But, arréala — animó-le Azúcar señalando a su ukelele — Duro.

Los presentes rompieron a cantar. Estirón no sabía a qué parte mirar y la cabeza le daba vueltas. Se apoyó en el respaldo de la silla. Un alarido partió de la cocina. La piel se le puso de gallina. Inmediatamente después del grito salió... ¡María! Corrió hasta Mamá Hawkins sin dar muestras de reconocerla.

—¡Mamá! ¡Mamá Hawkins! ¡Se me cayó el pastel! ¿Qué hago?

La casaca se llevó las manos a la cabeza y trotó en dirección de la cocina, escollada por María, barbotando protestas:

—Te dije que lo vigilaras! Dios bendito! Esta gente no sirve para nada.

—¡Si no fué culpa mía! Alguien cerró la puerta de golpe y retumbó el horno.

La puerta las ocultaba. Estirón pidió consejo con los ojos al juez Smith que se hizo el desentendido. ¿Por qué reñiría tanto Mamá Hawkins a María? Era una locura exigir a la muchacha que supiera todas las cosas. Pero la mujer se ensañaba hasta exasperarle.

—¡En vez de guisar...! ¡No sé ahora como voy a arreglármelas!

Estirón se puso en pie. Tío Hannibal, vestido de vaquero, traje que no le sentaba mal del todo, gracias a sus piernas ligeramente patizambas, salió disparado de la cocina también perseguido por Mamá Hawkins. Al pasar por su lado le hizo un guiño, exclamando:

—¡Hola, vaquero!

Estirón recobró el dominio de sus sentidos y empezó a moverse rápidamente. Deshizo el lazo del delantal de Mamá Hawkins, llamándola burlescamente:

—¡Mamá! ¡Mamá Hawkins!

Se refugió en la cocina. Mamá Hawkins esperó un tiempo prudencial para continuar sus diatribas. Contó hasta sesenta y se lanzó contra

la puerta de la cocina, a la que Estirón había propinado una patada:

—Largo, largo, que tengo que hacer o crees que esto es un rampeolas —su voz se suavizó al proseguir—. ¡eh, patilargo, que esto es mi cocina!

Después disimuló volviendo la cabeza en otro sentido. No siempre está bien mirar, aunque la cocina sea nuestra, si dos esposos, tras muchas fatigas, tienen ocasión de darse un beso.



"UNA GRAN PELÍCULA UNA GRAN NOVELA"

Katja , por Leonida Larina y John Loder	1.75 Ptas.	¡A mi la Legión! , por Alfredo Marsi, Luis Pons y Manuel Linares	2.50 Ptas.
El retorno de cincuenta escarlata , por Barry K. Barnes y Sophie Stewart	1.75	Viaje sin destino , por Antonio Casal y Luchy Bess (Premio nacional de cinematografía 1947)	2.50
De Mayerling a Sarajevo , por John Lodge y Edwin Pauliers	1.75	La condesa Maria , por Helmut Drees y Lina Yegor	2.50
Ninotchka , por Grete Garbo y Melvyn Douglas	2.-	Goda accidentada , por Mercedes Vicens y Luis Perdomo	2.50
Yo era una aventurera , por Ludwig Pauliers	2.-	Huella de luz , por Antonio Casal e Isabel de Pardo (Primer premio nacional de cinematografía 1942)	2.50
Venganza en Oriente , por Paul Lukas, Jane Bryan y Kay Wallis	2.-	Alas de acción de química , por Alida Voli	2.50
La Venus ciega , por Vladimir Brenner y Georges Elanor	2.-	San Francisco , por Clark Gable, James MacDonald y Spencer Tracy	2.50
Puerta cerrada , por Libertad Lamarque y Aquilino Irujo	2.-	De México llegó el amor , por Tito Guizar y Amanda Ledesma	2.50
10 días en París , por Rex Davis, Rex y Karen Vane	2.-	Elisa está debajo de un almendro , por Angarino Rivero y Rafael García	2.50
Pánico en la Banca	2.-	Cuando el ladrón encuentra al ladrón , por una de las primeras películas del cine	2.50
El astro del tango , por Hugo del Carril y Amanda Ledesma	2.-	Esta noche no hay nada nuevo , por Voli	2.50
Sofar no cuesta nada , por Mirka y Silvio Legrand	2.-	La culpa fué del tren , por Irina Orm	2.50
París 1900 , por Wally Piers y Olga Dehnbach	2.50	Tú y yo , por Irina Orm y Luchy Bess	2.50
La corona de hierro , por Louis Férus, Elina Gagnier y Gino Lavezzi	2.50	Su mejor victoria , por Eri M. Kaplan	2.50
Rosa de sangre , por Vladimir Brenner	2.50	Cabalga de amor , por N. Ross	2.50
Vida robada , por Elvire Popine	2.50	Mamá a la fuerza , por Gieger Reges y David Brown	2.50
Agárrame ese fantasma , por Basil Ashby y Leo Gatchall	2.50	El vaquero y la dama , por Marie Olszka y Gary Cooper	2.50
Una mujer en la noche , por Vivienne Bonnes	2.50		
El viejo doctor , por Enrique Maino	2.50		
El pobre rico , por Barbara Han y Bertrando Tizano	2.50		

EN PREPARACIÓN

Quiero ser mujer , por Walter Temple	Un día de Navidad , por Katharine Hepburn y John Barrymore
Esta mujer es mía , por Betty Lister y Spencer Tracy	El ladrón de Bagdad , por Sabu

Colección NOVELIZACIONES CINEMATOGRAFICAS SELECTAS

en tapas de cartón y portadas a todo color

Educación de príncipe , por Elvire Popine, Louis Jouvet y Jean de Sire	1.50 Ptas.	Música de ensueño , de una película de Germaine Brasseur	1.50 Ptas.
---	------------	---	------------

